

TRAGEDIA EN LA SELVA

M. L. Estefania



**Ella era la mujer más hermosa
de Africa. El... ¡un desertor!**

M. L. ESTEFANIA

Tragedia en la selva

1.^a EDICION
ENERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

91 — Johnny Richmond. 96 — Cachorro de pistolero. 122 — Pueblo de ventajistas. 148 — El pistolero del Sudoeste. 151 — Seis cartuchos. 161 — Nido de «gun-man». 165 — El imperio del «Colt». 414 — Trabajo para Mr. Death. 419 — Torrente de plomo.

En Colección BUFALO:

112 — Nacidos para la horca. 118 — Pistoleros en el río.

En Colección PANTERA:

51 — Rural y pistolero.

En Colección CONGO:

1 — Las joyas sagradas. 5 — Bulané. 9 — La pitonisa.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

TRAGEDIA EN LA SELVA

Por M. L. ESTEFANIA



CAPÍTULO PRIMERO

Toinette La Motte contemplaba desde la puerta de su casa, la plantación que desde allí se dominaba en gran parte, y el río que frente a ella desfilaba rugiente, engrosado por las intensas lluvias de aquellos dos días.

Se estaba haciendo de noche y sus criados, todos negros, empezaban a encender las luces.

La del día iba cambiando de tonalidades hasta convertirse en una mancha levemente sonrosada, en la que surgían pinceladas oscuras con gran rapidez.

La lluvia tenía la virtud de llevarse miríadas de mosquitos, lo que permitía que los mosquiteros pudieran permanecer levantados.

Sacudiendo la ropa de agua y el salacot, llegó Jean Beauvin, el capataz de la plantación.

—¡Esta lluvia es insoportable! —fue su comentario.

—Pues faltan muchos días para que lo deje. Hágase a la idea de estar así, por lo menos dos meses seguidos —dijo ella, sin moverse y sin mirarle.

—No ha de beneficiar mucho a su situación económica este tiempo...

—¡Parece que dependiera de mí! Es que conozco esta tierra, en la que me he criado. La lluvia no estropeará los gomíferos.

—Pero no conviene sangrar con tiempo así...

—No pienso sangrar, de todos modos. Son muy jóvenes esos árboles. Lo haremos con las lianas y los *irehs*, árboles de la selva virgen, de los que también se extrae caucho.

—¿Es que no se da cuenta de su situación?

—Perfectamente —dijo la muchacha.

—Hay que pagar a Von Kutz...

—Ya le pagaré cuando pueda. Si es que le pago, porque no creo en esa deuda que dice tenía mi padre con él.

—Hay testigos de ella. No puede negar que ahora está lloviendo porque no le agrade. Lo mismo sucede con esa deuda.

—¿Cómo van esos árboles nuevos?

El capataz se daba cuenta de que ella no quería seguir hablando de eso.

—Bien. Pero el avestruz no evita el peligro por meter la cabeza debajo del ala.

—Preocúpese de la plantación. Para lo que le trajo mi padre.

—Trato de ayudarla.

—Muchas gracias. Pero le agradeceré que no vuelva a hablarme de esto.

—Es que Von Kutz hará valer los derechos que su padre le concedió sobre la plantación, si no pagaba en la fecha indicada.

—Las autoridades evitarán que se quede con lo que apetece desde hace años. Si fuera cierta la deuda, la reconocería yo y pagaría con arreglo a mis posibilidades.

—Reconozco que no le agrade admitir esa deuda, pero eran amigos de su padre los testigos que lo corroboran. Ya sabe que su padre no sabía firmar y solamente hacía una cruz.

—Todo eso, como su propia muerte, en la que no hago más que pensar, me parece sospechoso. Yo estaba en Leopoldville...

—No es el primer caso que se da. Estuvo entre los leñadores y le cayó una rama en la cabeza, y eso que le habían advertido que había peligro en andar, como lo hacía siempre, bajo los árboles que se talaban y cortaban ramas.

—Desde luego, pero sigo diciendo que me parece todo ello muy sospechoso. He mandado venir al capitán de la policía indígena, Daudot, para que haga averiguaciones.

—Está en su derecho, pero creo que es una pérdida de tiempo y, por otra parte, aumenta su disgusto.

—Hábleme de esos árboles.

El capataz se encogió de hombros y dijo:

—Ya he dicho que van bien. Tal vez un poco lentos... No parece ser un clima y suelo convenientes para esas plantas.

—Usted, en su calidad de técnico, dijo a mi padre todo lo contrario.

—También nosotros nos equivocamos.

—No pueden equivocarse, o dejan de ser técnicos. Si confiesa haberse equivocado, el contrato puede rescindirse y no habrá lugar a indemnización alguna.

—No es que diga que me he equivocado. Digo que podemos equivocarnos también. No somos infalibles.

Una de las criadas avisó que la cena estaba servida.

—Puede ir a cenar... Ya lo haré yo después —dijo la muchacha.

—No tengo prisa —respondió el capataz.

Convencida la joven de que Jean esperaría, entró en la casa, seguida por él.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, dijo Jean:

—Sabe que daría mi vida por usted y que no puedo aconsejarla mal. Hemos de empezar a sangrar. Y con la goma que vendamos podrá pagar a Von Kutz.

—No me agrada que volvamos a hablar de esto —dijo ella.

—Es que veo que se va a quedar sin plantación por un capricho...

—¡No puede tocar la plantación! Ya sabe que no creo en la deuda. Aún no he dicho que me haga cargo de ella.

—¡Pero si no puede refutar a los testigos, que eran amigos de su padre y son amigos suyos!

—Los amigos se compran —dijo Toinette—. Piense que esta plantación, puesta en venta, vale mucho dinero. Y Von Kutz lo sabe perfectamente.

—Eso es, lo que, a mi juicio, ha debido hacer: vender todo esto y pagar esa deuda, marchándose después a la metrópoli donde podría vivir como le corresponde. Esta plantación vale un buen puñado de francos. ¡Claro que es mucho lo que debe a ese hombre!

—No debe seguir esforzándose. No reconozco esa deuda. No quiero que le valga cuando llegue el caso, porque no crea que me ha engañado. Es él quien debiera pagarle y no yo. Está más a su servicio que al mío.

Jean se puso amarillo, y levantándose de la mesa, dijo:

—¡De no tratarse de una mujer...! Pero no repita eso, porque no respondo de mí.

—Es lo mismo —dijo ella—. No me va a convencer. Ya lo sabe, puede rescindir el contrato y marcharse, pero sin indemnización de ninguna clase.

—Está ofuscada y en estas condiciones no es posible conversar.

—Guarde silencio, entonces, y yo se lo agradeceré.

Jean estaba disgustado, pero quedó silencioso.

La negra que servía la comida se dio cuenta de la situación

violenta en que estaban los dos y sonrió a Toinette.

Cuando estaban terminando, llegaron cuatro de los ayudantes del capataz, todos ellos europeos.

—Las plantaciones de la montaña van mal. No creo que consigamos nada. Y las otras, muy débiles. Esto no es terreno para los árboles del Brasil. No se puede salir del aprovechamiento de las lianas y los irehs...

—Estaba diciendo a la patrona que debería vender todo esto.

—¿A Kutz, verdad? —dijo, sonriendo, la joven.

—Es el que puede pagar y a quién le interesa más comprar porque tiene su plantación muy cerca de la suya —dijo uno de los cuatro que acababan de llegar.

—Pueden marcharse a que les sirvan la cena —dijo ella.

Los cuatro, despedidos de esta forma, miraron a la joven con sorpresa y obedecieron.

—Tiene bien instruidos a sus hombres —dijo sonriente Toinette—, pero tienen que convencerse de que no estoy dispuesta a dejarme engañar. Traeré otros técnicos y si el caucho no se presta, sembraré tabaco y café.

—Es que no va a tener tiempo... Von Kutz se echará antes sobre esto.

—Hablemos detenidamente de ello, puesto que tiene tantos deseos. Suponga que yo admito que esa deuda existe. Si no puedo pagar en la fecha indicada, él se puede quedar con una parte para el pago de esa deuda, pero nunca con toda la plantación. Deben convencerse de que no soy tonta.

—Su padre garantizó el pago de la deuda con toda su propiedad. Fue la condición que impuso el alemán. No le habría prestado el dinero, de no ser así.

—Pues ha perdido el tiempo y lo está perdiendo usted.

—No debe tratarme así. Lo que hago es ayudarla. Ya sabe que...

—¡Por favor, no hable de eso! Sabe que me disgusta, y si reincide en adelante, tendrá que ir a comer con sus ayudantes.

Jean se calló, seguro de que ella estaba dispuesta a echarle de allí.

Y minutos más tarde, salía de la casa.

La lluvia seguía cayendo de modo torrencial.

Toinette quedó meditando ante la mesa, en la que apoyó los codos descansando la cabeza en las palmas de las manos.

Pensaba en la actitud de Jean y en lo que habría pasado con su padre. Aunque como ella no estaba entonces en la plantación, solo sabía lo que los criados le habían querido contar.

No podía echar a Jean. Tendría que pagarle una indemnización excesivamente crecida.

Censuraba a su padre por haber hecho un contrato tan absurdo con un técnico a quién no conocía.

No creía en la deuda con Von Kutz. Este era uno de los alemanes que habían vivido muchos años en la zona del Kilimanjaro, y sabía mucho de cultivos tropicales.

Ella sabía que las tierras que le había dejado su padre eran las más ricas del Gabón y del Congo Medio. Su extensión permitía que se dedicaran a distintos cultivos y aprovechamiento. El aceite de palma, por ejemplo, con la refinería de Punta Negra, a no muchas millas en ferrocarril y por vía fluvial, suponía un buen ingreso.

También la madera y en especial el *okumé*, permitía una entrada de dinero de cierta importancia.

No se fiaba de ninguno de los obreros que estaban trabajando en la plantación ni en el bosque.

Los negros bantúes, los fangs, los bayaks y bubanguis, hacían lo que el blanco que tuvieran cerca les aconsejara, y por conseguir una vaca o unas ovejas, eran capaces hasta de recurrir al asesinato.

Tuvo miedo de seguir en la plantación y decidió marcharse a Brazzaville, donde tenía casa.

Se arrepentía de haber hablado al capataz en la forma que lo hizo.

Tenía que ser hábil y hacer que creyeran que la engañaban.

A pesar de la lluvia, las hienas husmeaban cerca de las viviendas en busca de los restos de comida. Era una de las cosas que ponía nerviosa a la muchacha.

Y ya tarde, se retiró a su aposento para descansar.

Estaba llegando a su habitación cuando se oyó un disparo en el interior de la misma, seguido de otros dos.

Tenía la mano ya en el pomo de la puerta y abrió.

Los disparos habían coincidido con un trueno enorme y estaba segura de que no habían sido oídos por los que estaban en las otras viviendas alejadas de la suya.

En el suelo, en el centro de la habitación, había un hombre joven, sin sentido.

Aún tenía en la mano el revólver con el que había disparado.

Se acercó asustada a él y al inclinarse para ver quién era, vio dos cobras muertas a causa de los disparos que había hecho el joven.

Este vivía, pero en la espalda tenía una mancha de sangre. No sabía qué hacer. Iba a llamar a la criada que tenía de confianza, cuando el herido abrió los ojos y sonrió a la muchacha.

—Me he metido por la ventana —dijo—. ¿Es que gastan bromas con las serpientes en esta casa? Eran dos cobras, que, aunque no muy grandes, llevaban suficiente veneno en sus colmillos como para matar a un búfalo cada una. Estaban, sin duda, en la cama porque una se hallaba todavía dentro y la otra en el suelo, muy cerca del lecho. Debió caerse.

La muchacha escuchaba aterrada. Lo que el joven decía indicaba que habían querido matarla.

Tenía que marcharse de aquella casa. Pero ahora había ese herido, al que debía atender.

—Me dispararon a distancia —explicó él, al ver que ella contemplaba la mancha de sangre—. Pero era un fusil de gran alcance y un buen tirador el que lo manejaba.

Trató de ponerse en pie, pero no le respondieron las fuerzas.

Al verle caer sin sentido nuevamente, la joven se asustó. Pero casi en el acto, él volvió a abrir los ojos.

—No se asuste. No creo que sea grave la herida... Podré marcharme pronto.

—Métase en esta cama. Voy a avisar para que me ayuden a curarle —ordenó ella, sobreponiéndose al miedo que se apoderaba de ella.

—No puedo quedarme en esta casa. La comprometería con ello. Me he escapado de Fuerte Lamy. Iban a fusilarme por un delito que no he cometido. Me buscan los militares y la policía indígena.

—Yo me ocuparé de que le atiendan, y no tema. Me parece que no se han dado cuenta de sus disparos y si los oyeron, diría que fui yo la que mató esas serpientes.

Llamó a Angbala, su criada de confianza, y entre las dos le acomodaron en la cama y la negra se encargó de la curación.

Hasta supo extraerle la bala que tenía dentro. Estaba encajada superficialmente y la herida, por lo tanto, era poco profunda.

—La herida no tiene importancia —dijo la negra, en su idioma butangui.

El herido la dio las gracias en el mismo idioma y la negra se alegró extraordinariamente de ello.

Los dos hablaron durante unos minutos.

—¿Es que conoce el butangui? —dijo la joven.

—Sí... Llevo mucho tiempo por estas tierras y me son familiares los idiomas de los indígenas de aquí —respondió.

La negra dijo que había que llevarle esa misma noche al poblado que había al lado de la plantación. Podrían trasladarlo en una embarcación y sin que se dieran cuenta los que ocupaban las otras

viviendas.

Toinette se decidió y la negra salió para preparar la embarcación. No era fácil que les vieran porque todos estaban metidos en sus viviendas a causa de la lluvia torrencial que caía.

Salió todo bien y cuando regresaron a la casa, ya habían dejado al herido en casa de la pitonisa del poblado, guardado por una enorme boa.

Ella le atendería en honor a Toinette.

La joven apenas si pudo dormir.

Estaba segura de que trataban de eliminarla para quedarse con la plantación.

Y si estaban dispuestos a ello, lo conseguirían, porque estaba sola.

Muy temprano, en vista de que no podía dormir, se levantó y envió a la negra a enterarse de cómo seguía Henry Charmers, como dijo que se llamaba el herido.

Poco después de marchar la negra, llegó Jean a la casa.

La muchacha estaba en su habitación y no salió por no tener que hablar con él.

Jean preguntó por ella a una de las criadas.

—Debe estar durmiendo —mintió la interrogada.

Sin insistir más, Jean marchóse para ocuparse de su trabajo.

Cuando él regresó, la muchacha estaba en el comedor y dióse cuenta de que en sus ojos se marcaba la sorpresa al verla.

CAPÍTULO II

Se quedó un poco paralizado mirándole a ella.

—Buenos días —dijo, al fin.

—Buenos días —respondió ella.

—Parece que tiende a disminuir la lluvia.

—Me alegra, porque voy a ir a Brazzaville.

—Si quiere, la acompañaré. Tengo que ir a recoger unas cosas que tengo encargadas para la plantación.

—Bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros.

No hizo ningún comentario sobre las cobras.

En la misma embarcación que habían llevado al herido, que era cómoda y confortable, marcharon los dos.

Esta vez, como iban contracorriente, pusieron el motor en marcha.

La noche anterior, la negra había demostrado que era un buen remero.

Durante el camino, la muchacha iba silenciosa.

Jean hablaba de la plantación y en especial de las dificultades que encontraban para hacerla prosperar.

—Sí. Se están perdiendo muchas plantas —comentó.

—Es misión suya el evitarlo —indicó ella.

El capataz no respondió.

Y llegaron a la capital del Bajo Congo. Ciudad de unos treinta mil habitantes, de los cuales poco más de un centenar eran blancos.

Jean acompañó a la muchacha.

—Voy a visitar al jefe de policía —dijo ella—. Puede venir, si quiere...

Jean asintió.

El jefe les recibió en el acto al saber que se trataba de Toinette.

Después de las saluciones, ella entró de lleno en lo que la interesaba.

—Vengo para comunicarle que se me reclama una deuda contraída por mi padre en la que no creo y también a denunciarle mis sospechas, de que mi padre fue asesinado en el bosque. Alguien tenía interés en que muriese.

Jean se quedó suspenso.

—¿Se da cuenta, señorita Toinette, de que es muy grave lo que dice?

—Estoy diciendo lo que pienso y quiero que se haga una investigación.

—Es Von Kutz el que reclama esa deuda, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo sabe?

—Me ha dicho que tendrá que reclamar su plantación si no le paga usted lo que le debe.

—Mi padre, a quién tengo entendido que conocía usted, no necesitaba préstamos. Murió inopinadamente y no he averiguado aún dónde guardaba el dinero. Pero no creo que lo pidiera a nadie.

—Pues no hay duda de que lo pidió —dijo Jean—. Hay testigos de ello.

—No creo en los testigos —añadió ella—. Estoy segura de que no es cierto.

—Se trata de una de las personas más serias y solventes de la colonia blanca en Brazzaville —dijo el policía.

—Repito que mi padre no tenía necesidad de pedir dinero y he de averiguar aún dónde tenía depositadas las reservas. ¡Pero le asesinaron!

—No se puede decir esto después de los meses que hace que murió —dijo el policía.

—¡Es que tengo la seguridad más absoluta de ello!

—¿Acusa a alguien de ello?

—Si lo supiera no vendría a pedir justicia. ¡Me encargaría yo de hacerla!

—Bueno, ya que insiste tanto, haremos una investigación.

Pero Toinette se daba cuenta de que solo iba a cubrir el expediente.

Por eso no le dijo lo de las serpientes.

No quería que Jean se diera cuenta de que habían fallado en su intento, si realmente él estaba complicado en ello.

No tenía motivos para matarla.

Cuando salieron de la oficina del jefe de policía, dijo Jean:

—No debe incomodarse conmigo si le digo que no hace bien en denunciar lo de la deuda. No puede haber duda de que el juez tendrá que fallar contra usted... Dejemos aparte si es o no verdad lo de la deuda. De lo que no hay duda es de que existen testigos y con la declaración de estos, no tendrá más remedio que pagar. Y para ello hay que pensar en poder hacerlo antes de que llegue la época fijada en el recibo o en los recibos, pues tengo entendido que son varios.

—Puede decir a Von Kutz que no pienso pagarle ni vender la plantación.

—Es mejor hacer las cosas con apoyo de la ley... La fuerza estaría de su parte también. Tiene unos equipos de trabajadores muy superiores a los nuestros, y los que tenemos en nuestras plantaciones no nos defenderían en el caso de tener que luchar. En cambio, los de él, sí.

—¿Por qué esa diferencia de actitud de unos trabajadores a otros?

—Porque los nuestros serían admitidos por el alemán, que además les elevaría el sueldo. Y los que están con él, porque les ofrecería una bonificación aparte de lo que les paga.

—Parece que está muy bien informado de lo que hará ese hombre —dijo ella.

—Es que es lo lógico. No es necesario ser un lince —respondió Jean—. Lo que quiero es aconsejarla bien. Lo que hay que hacer es conseguir caucho en cantidad para alcanzar la cifra que se nos pide.

—Usted sabe que, aunque sangráramos no llegaríamos a esa cantidad. Y al final sería peor. Pero como no concedo importancia a esa deuda, el alemán puede decir o amenazar lo que quiera.

—Es posible que se alcance una cantidad de caucho que permita pagar, por lo menos una parte, y con ello quizá se tranquilizara Von Kutz y no decidiera hacer valer sus derechos.

—Le he dicho que los recibos son falsos y que no existe esa deuda.

—He oído hablar a los testigos y por eso no puedo estar de acuerdo con usted, aunque lo deseo. Son testigos que ante las autoridades tendrán la fuerza que da el ser conocidos y solventes.

—Pues a pesar de lo que está diciendo usted y de lo que afirma haber visto, esa deuda es falsa y no estoy dispuesta a admitirla.

Jean se encogió de hombros.

Se despidió Toinette de él y se dirigió hacia su casa.

Esto era como impedirle que se presentara en ella y Jean se enfureció. Era un desprecio demasiado claro.

Pasadas unas horas, Toinette visitó a una amiga que tenía en la ciudad, hija de otro propietario de plantaciones que vivía en la parte del río.

Emma pasaba temporadas en París y gustaba de hablar a Toinette de la grande y querida ciudad.

Iba a ver a la amiga, pero con la idea de pedir al padre de ella que la ayudara a que se aclararan las cosas.

Estaba la amiga y la recibió con el alborozo de siempre.

En cambio, el padre de ella, cuando habló Toinette de lo que deseaba y creía, le dijo:

—No debes enfrentarte a Kutz... ¡Te destrozarás! Tiene la razón de su parte, si es que existen esos recibos y testigos... La fuerza la dan los testigos, cuando como en este caso, tu padre no sabía firmar.

—¡Por eso han montado esta historia! —decía Toinette—. Cualquiera que tenga solamente un poco de sentido común se dará cuenta de que todo ello es una mentira.

—Estás nerviosa y muy ofuscada... En estas condiciones no piensas que no eres justa. Y hasta te voy a añadir que en el caso de no ser cierto lo de la deuda, mientras Kutz cuente con esos testigos, tendrás que pagar.

—Mi padre no necesitaba dinero —insistía Toinette—. Pero si admitimos que pidió dinero, ¿usted que es plantador como él era, cree que iba a poner de garantía toda la plantación?

—Desde luego que es extraño y mucho más en tu padre. Pero si los testigos afirman que es así, así será, quieras o no.

Emma charló después mucho con la amiga, pero no se refirió ni una sola vez a lo que tanto preocupaba a Toinette.

Hablaba solamente de París y de lo que había visto en su último viaje.

Toinette se despidió pronto de sus amigos. Pensó en el herido. No podía ir a visitarle de día, porque extrañaría su visita al poblado. Decidió ir aquella noche.

Tampoco había dicho a su amiga que habían querido asesinarla.

En la calle principal, ni muy larga ni ancha, encontró a Kutz, que la saludó diciendo:

—No debes oponerle a lo que es justo. Comprendo que ha de dolerte porque creíste que eras le dueña de todo esto, pero en realidad es mío.

—¡No se le ocurra presentarse en la plantación! ¡Le recibiría con el mejor de mis rifles!

—Sabes que yo era muy amigo de tu padre y que no soy capaz de decir una cosa por otra.

—No creo en la deuda y así lo he dicho a la policía, así como que estoy segura de que mi padre fue asesinado y habrá que buscar a la persona que tenía interés en que muriera.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Von Kutz, molesto, levantando la voz.

—Lo que he dicho a la policía. Que no creo en los recibos, que no admito, y que a mi padre le mataron para poder reclamar la plantación, que es mía y de la que no se me hará salir, a no ser a la fuerza, y para ello tendrán que enfrentarse con mi rifle.

—¡No es así como vas a ganar más! —dijo el alemán—. Haré que la policía y las autoridades, a las que dices has acudido, te hagan ver que si no me pagas en la fecha que acordamos tu padre y yo y que figura en el primer recibo, tendrás que abandonar la plantación.

—Lo más que podría pasar es que se subastara parte de la plantación para poder pagar la deuda... Es muchísimo más lo que vale la plantación.

—Puse como condición a tu padre que garantizara el préstamo con la propiedad íntegra.

—¡Está mintiendo! ¡Es usted un ladrón embustero!

Los que pasaban por la calle se detenían cerca de ellos para ver lo que pasaba.

El alemán no quiso afrontar los insultos de la muchacha y se marchó de su lado.

Ella se dio cuenta de que había cometido una torpeza con su actitud frente a él.

Pero estaba segura de que él era el causante de la muerte de su padre, y también de que hubieran colocado las cobras en su habitación.

Entonces cayó en la cuenta de que para poder llegar hasta su habitación, tenía que ser alguien que podía andar libremente por la casa, sin que extrañaran sus movimientos.

A la caída de la tarde, Jean se presentó a buscarla para emprender el regreso a la plantación.

—Me ha dicho Von Kutz, que usted le ha insultado y hasta le ha acusado de asesino. Eso priva toda posible solución que yo estaba buscando —dijo Jean.

—No se preocupe en buscar soluciones. Repito que no admito esa deuda ni la reconozco.

—Es que he hablado con el juez y pronto nos van a comunicar la fecha en que cumple ese recibo primero. Tiene otro con fecha posterior. Hay dos recibos, de dos veces que su padre pidió dinero a Von Kutz...

—¡Usted sabe como yo que eso no es cierto! —exclamó la muchacha.

—Yo no sé nada y mi declaración, en caso de necesidad, no tiene valor porque han de suponer que trataré de ayudarla...

—¡Qué equivocación! ¿Verdad?

Jean se quedó sin saber qué responder. La ironía era demasiado cáustica.

Por fin dijo:

—No me aprecia, patrona.

—Me gustaría poder prescindir de usted —exclamó ella, con desusada franqueza.

—Falta más de un año para que termine mi contrato, pero si me paga la indemnización convenida...

—No pienso hacerlo. Tampoco seré yo quien le pida que se marche...

—Creo que, de seguir así, pronto se encontrará sin nada... Va a perder hasta el caucho que tienen los árboles.

—Puede empezar a sangrar cuando quiera... las lianas.

El rostro de Jean, que se había alegrado, quedó otra vez sombrío al oír la última aclaración.

—¿Sabe qué plazo le van a dar después de que pase la fecha de pago? Solo dos días... Así que no juegue y busque con el caucho el dinero que le hace falta incluso para seguir sosteniéndose una vez que la echen de la plantación...

Toinette miró sonriendo a Jean.

—¿Hace tiempo que está al servicio de Von Kutz? No crea que lo ignoro...

—Estoy al servicio de La Motte mientras siga respetando mi contrato. Lo que sucede es que veo las cosas con más claridad que usted.

Ella no respondió. Estaba molesta y no quería agriar más las relaciones entre el capataz y ella.

No habló una palabra más. Llegaron a la plantación y Toinette marchó, en silencio también, hasta la vivienda.

Jean tenía que comer con ella, pero prefirió no aparecer por la casa.

Cuando comunicaron a la muchacha que no tenía al capataz de compañero de mesa, se alegró.

Se interesó por el herido, y Angbala le dijo que el muchacho estaba bastante mejor y que Había preguntado por ella.

Una vez hubieron comido, salió con rapidez, acompañada de la negra, hacia el poblado.

Las otras criadas tenían instrucciones para en el caso de que Jean se presentara preguntando por ella.

Y las dos mujeres llegaron a la cabaña de la pitonisa Sikulumé, donde estaba el herido.

La lluvia había cesado, aunque amenazaba con reanudarse el chubasco.

Henry agradeció una vez más lo que hacían por él.

—¿No han venido a buscarme los de la Legión? —preguntó.

—Es posible que supongan que ha muerto —dijo ella.

—Sin encontrar mi cadáver... —dudó él.

—Hay en la selva una buena cantidad de animadles carnívoros...
Él no encontrar su cadáver, no quiere decir nada...

—Pero ellos investigarán con atención. Me escapé cuando estaba preparado el piquete que había de fusilarme... No creo que se den por vencidos tan fácilmente.

Pasó casi toda la noche conversando con Henry, pero ella se abstuvo de preguntarle nada sobre su vida ni las causas de haber sido condenado a muerte, aunque afirmaba sin cesar que era inocente.

Ella, en cambio, dijo lo que le pasaba con la plantación y su pleito con el alemán.

—Creo que usted tiene razón. No está claro nada de lo que hacen y ha de tener cuidado con ese capataz. Pronto estaré en condiciones de andar con soltura y visitaré esas plantaciones de caucho. Tengo la impresión de que la están engañando para que tenga que vender o abandonar esos terrenos.

—Sí... Eso es lo que se proponen. Pero no encuentro el escondrijo donde mi padre guardaba el dinero. Y estoy segura de que lo tenía en cantidad.

—Niegue la veracidad de esos recibos y refute a los testigos que afirmen ser cierto que el alemán dio dinero a su padre. Que intervengan las autoridades.

—Estoy segura de que están también de acuerdo con Kutz... —dijo Toinette.

—Bueno será comprobarlo. ¡Usted no ceda!

Hablaron de otras cosas y las horas pasaban para Toinette sin sentir.

De regreso a la casa, ella decidió acostarse en la habitación de Angbala. No quería dormir sola en la suya.

La criada miró con minuciosidad antes de meterse en cama, para evitar que pudiera repetirse lo de las cobras.

Durmieron varias horas.

A Jean le extrañaba que a la hora habitual no apareciera ninguna de las dos mujeres.

Desayunó solo y marchó a la plantación. Cuando regresó y encontró a Toinette, comentó:

—Parece que se ha dormido hoy...

—Es que no he querido desayunar en su compañía —respondió ella—. Y a partir de hoy le servirán la comida con los demás. No figura en el contrato que haya de ser aquí donde coma... Las órdenes que yo doy en esta casa deben cumplirse...

Jean estaba lívido. Era demasiado dura con él la muchacha.

No repuso nada. Salió del comedor y en ese momento llegaron un capitán y un sargento de la Legión.

Saludaron a Jean, al que consideraron que sería el dueño.

—Es la señorita La Motte la propietaria. Está dentro... Pueden pasar —dijo Jean.

Toinette había visto pasar a los militares a través de la gran ventana del comedor, y estaba preparada.

Después de los saludos, dijo el capitán:

—Venimos rastreando a un evadido del Fuerte... y nos pareció que sus huellas conducían a esta casa. Desde luego entró en la selva que antecede a la plantación que tienen ustedes al otro lado del río.

—Pueden buscar con entera libertad —dijo Toinette.

—Gracias por autorizarnos a ello, pero debemos empezar por esta casa. Es posible que se haya escondido sin que se den cuenta los habitantes de la misma. Va herido en la espalda... ¿No tiene inconveniente, verdad?

—Desde luego que no —dijo Toinette.

—Yo les acompañaré —dijo Jean.

—No es necesario. Angbala irá con ellos —replicó Toinette—. ¿Qué es lo que ha hecho ese hombre? —preguntó al capitán.

—Se escapó cuando estaba todo dispuesto para fusilarle.

—¿Tan grave es lo que había hecho?

—Pues, realmente... yo creo que es inocente, pero se negó a defenderse y ello le supuso una condena de muerte —dijo el sargento.

—Tiene que ser un delito muy grave para esa condena —insistió ella.

—Robaron la caja del Fuerte y mataron al pagador... Henry Charmes no pudo demostrar dónde había estado esa noche. Faltó del Fuerte... Por lo menos de la Compañía en que dormía —dijo el capitán.

—¿Y sin demostrarse que ha sido él, le condenan a muerte? —dijo extrañada la muchacha.

—Hubo quien le acusó abiertamente, sin que él haya replicado no ser cierto.

—Pero nadie en el Fuerte cree que haya sido él —intervino el sargento—. Henry es un muchacho muy inteligente y una gran persona. Lo mejor que hemos tenido en la Legión hasta ahora... No hubiera cometido la torpeza de hacer eso y luego no aparecer en toda la noche por la Compañía. ¡Estoy seguro de que no ha sido él!

—No tenemos más remedio que perseguirle. Es un evadido, pero

me alegraría no encontrarle... También yo le apreciaba mucho. Es un caballero, pero el deber tiene a veces facetas desagradables.

—Todos en el Fuerte están deseando que no le encontremos. Y si pasara al Congo Belga...

—¿No dicen que estaba herido? —preguntó Toinette—. Si es así, lo más probable es que haya muerto en la selva... El olor de la sangre excita a las fieras.

—Eso es lo que he dicho yo —afirmaba el sargento.

—Bueno, daremos por terminado aquí todo —decidió el capitán.

Siguieron conversando sin insistir en su intento de registrar la casa.

Con ello se estaban granjeando la simpatía de Toinette.

Pero se presentó Jean para decir a los militares que estaba dispuesto a recorrer con ellos la plantación.

—Creo que tiene razón esta señorita —dijo el capitán—. Lo más probable es que haya muerto en la selva... Y hasta es posible que cuando lleguemos al Fuerte se conozca al verdadero culpable, porque son muchos los que están investigando este asunto.

No se habló más de Henry; en cambio, la muchacha decidió contar lo que le pasaba y no ocultó que había encontrado unas cobras en su dormitorio.

—No debe seguir aquí —aconsejó el capitán—. Está claro que tienen deseos de terminar con usted para quedarse con estos terrenos. Tengo amigos en Brazzaville. Iré a verles para que la ayuden en lo que puedan.

CAPÍTULO III

El capitán acompañó a la muchacha a Brazzaville. Después de visitar a unos amigos del oficial, dijo este:

—Me parece que es perder el tiempo. Ese alemán debe ser persona influyente aquí, porque todos están seguros de que es cierta la deuda que dice tenía su padre con él. En estas condiciones es una locura luchar. Lo que tiene que hacer es buscar ese dinero, garantizándolo ahora de verdad con la plantación, y le paga lo que dice que le debe.

—Exige una cantidad que no puedo pagar. Son tres millones de francos...

—Sí. Es mucho, desde luego, pero sus terrenos valen cien veces más.

—Nadie me ayudará, por la misma razón que antes aludía usted. Es Von Kutz el que domina esta ciudad y toda la zona del Bajo Congo. Nadie se atreve a enfrentarse con él, y el alemán está decidido a quedarse con todo lo que es mío.

—Comprendo que se desespere. Me pasaría lo mismo a mí —decía el capitán—. Pero esto me ha permitido conocer a estos cobardes a quienes tenía por amigos míos... ¿Le queda mucho tiempo para la liquidación de esa deuda?

—Creo que dos meses... —dijo Toinette—. Pero no le dejaré que se lo lleve... Es posible que oiga hablar de mí, capitán, porque recibiré con el rifle a los que envíe o vendré yo a buscarle a él a esta ciudad con una buena pistola. No va a disfrutar lo que tanto desea.

—¡No puede hacer eso! —objetó el capitán.

—¡Ya le digo que oirá hablar de mí!

Cuando de regreso a la plantación, se despedía el capitán, le dijo estrechando afablemente la mano de la muchacha:

—Cuide de Henry; es un gran muchacho... ¡Y salúdele en mi nombre!

Toinette se quedó paralizada y con los ojos muy abiertos y el rostro como la nieve.

No sabía decir nada, y como estaba Jean cerca de ella, dijo en voz baja:

—¡Es usted un ángel, capitán! ¡Que Dios le bendiga!

—¿No tiene inconveniente en que venga con mi esposa en alguna ocasión? No conoce esto y prefiero que la acompañe usted

que no esos amigos de Brazzaville que hemos comprobado son todos unos cobardes.

—Me sentiré muy dichosa si viene su esposa.

—No tardaré mucho en traerla... Tiene deseos de conocer la selva, de la que tanto oye hablar. Y se aburre en el Fuerte.

Hablando de esto, se separaron de los demás.

—Capitán —dijo la muchacha—, ¿cómo se ha dado cuenta de que Henry está aquí?

—Nos la dimos el sargento y yo, pero él le estima con toda su alma... Hemos dicho a los soldados de la patrulla que ha debido morir en la selva. Pero no crea que los hemos engañado a todos... Lo que sucede es que nadie quería que se le detuviera.

—Y, sin embargo, le hirieron por la espalda...

—Fue uno de los que le odian. Pero no creo que permanezca mucho tiempo en el Fuerte, porque sus compañeros le harán la vida imposible.

—¿Qué sabe de la vida de ese muchacho, capitán?

—Nada sabemos de ninguno de los que se enrolan en la Legión. A nadie se le pregunta nada... Pero Henry es distinto a lo que hemos tenido. Es una persona cultísima. Habla con los peregrinos que van a la Meca en su idioma y también le hemos visto hacerlo con negros sudaneses. He descubierto una cosa que no debo decir, pero que le presenta ante mí como lo que es: un caballero.

Toinette estaba deseando preguntar qué era eso, pero no se atrevió.

—Lo que no he podido adivinar, es la razón de que quiera estar aislado en la Legión, entre aventureros. Y se hizo querer de todos... Tiene un temperamento impulsivo y un valor suicida. Maneja la pistola como un gánster de Chicago, y con el rifle y el fusil es el mejor tirador que hemos visto, en un lugar donde han abundado y abundan los buenos de verdad.

—¡Es usted admirable, capitán! No creo que haya otro militar como usted.

—Dígale a Henry que yo me encargare de aclarar lo de ese robo. Y le añado que sé por qué no quiso decir dónde estuvo esa noche. Esa es la razón por la que no se creyó en el Fuerte en su culpabilidad. El que le acusó sabía que no diría dónde había estado; es un cobarde y si no se marcha del Fuerte lo pasará mal. Los peores trabajos han de ser para él. Lo único que quiero es poder demostrar que fue ese enemigo de Henry quien hizo esa muerte y el robo...

Se interrumpieron al ver a un grupo de policía indígena que se

acercaba. Acababa de desembarcar frente a la casa de Toinette.

—Hola, capitán. Ya veo que ha sabido rastrear también. Las huellas conducen a esta casa...

—Pero no hay nada. Esta joven dice que hace dos días vio a una bandada de buitres sobre los árboles... y eso es síntoma de carne muerta. Lo más probable es que haya muerto a causa de la herida que llevaba.

—Entonces, nada hay que hacer aquí...

Pero Jean intervino:

—No han registrado la casa...

El capitán le miró atentamente, y dijo:

—¿Quién le ha dicho que no hemos registrado la casa? Es usted un cobarde embustero, amigo. Nos lo vamos a llevar una temporada al Fuerte para que aprenda a no mentir... ¡Háganse cargo de él!

Jean se puso amarillo y balbució:

—No he querido ofenderle, capitán...

—No me ha ofendido a mí, que eso no tendría importancia, lo ha hecho a este uniforme.

—¡Cobarde embustero! —dijo el sargento, al tiempo que tumbaba a Jean de un puñetazo en la boca—. Vamos, colóquese entre los soldados. Ellos se encargarán de tratarle como merece...

Jean, desde el suelo, seguía implorando perdón.

El jefe de la policía indígena medió para decir:

—No creo que haya querido molestarles. Conozco a Jean Beauvin... Es un buen muchacho.

—¿Responde por él? —dijo el capitán.

—Sí.

—Está bien. Me acompañará usted al Fuerte, para que allí se aclare la razón de que este hombre colocara dos cobras en el dormitorio de esta mujer, con la esperanza de que al morir ella le diera Von Kutz una parte de estos terrenos... Y puesto que responde por él, ha de estar enterado también de cuáles eran sus intenciones.

El policía se puso lívido.

—Yo no... pue... de saber...

—¡Todo esto lo aclararemos en el Fuerte! —cortó el capitán.

—Yo no he colocado esas serpientes. He preguntado quién cometió la torpeza de dejarlas allí.

—¡Ha sido él, no hay duda! —decía la muchacha—. No he dicho nada de ello a nadie... ¿Cómo sabe, entonces, lo de las serpientes? Llamen a todos y se convencerán de que no he intentado ninguna averiguación.

El capitán dejó a Jean con los soldados y marchó con el jefe de

la policía a la vivienda de los trabajadores.

Todos dijeron que no habían oído hablar una palabra de las serpientes y que el capataz no les había preguntado nada.

—No hay duda de que ha sido él y que está de acuerdo con Kutz —dijo el policía—. Son muy amigos, es cierto...

—Entonces, es misión suya detenerle. Pero no olvide que estoy informado. ¡Puede resultar muy peligroso ayudar a un asesino!

—Le he creído una buena persona y por eso respondía por él, capitán. No tema, cumpliré con mi deber.

—Me alegrará saber que es así, porque voy a volver pronto con mi esposa, que pasará unos días en compañía de esta muchacha para que no esté sola y no reincidan en el deseo de matarla.

El policía, al llegar donde estaban sus hombres y los soldados del capitán, dijo:

—No es verdad que haya preguntado nada sobre las serpientes.

—No están aquí ahora los hombres a quienes he preguntado —se excusó Jean.

El policía dijo que era posible que fuera verdad, y el capitán, molesto, dijo:

—Haga lo que quiera; es misión suya. Pero si por su culpa le sucede a esta muchacha una desgracia, esté seguro de que les haré fusilar a los dos. ¡Y luego que no digan que la Legión comete abusos!

El capitán y el sargento se despidieron de Toinette y recogieron al legionario que iba con los policías indígenas, a quienes había pedido ayuda.

Se trataba de un teniente, al que advirtió el capitán:

—¡Cuando lleguemos al Fuerte, hablaremos con el coronel!

—Es que no creía que habían seguido rastreando —decía el teniente, asustado.

—Parece que tiene mucho interés en que se acuse a alguien de ese crimen y robo. Usted sabía dónde y con quién estaba Henry esa noche y le acusó a sabiendas de que es inocente.

—Yo vi huir a uno que tenía las señas de Henry...

—¡Es usted un cobarde, teniente! ¡Un cobarde y algo más que he de descubrir! No crea que va a quedar sin castigo. Por lo pronto, estará unos meses en el calabozo por este desprecio que ha hecho al uniforme que lleva.

El teniente estaba asustado. Sabía que el capitán convencería al jefe del Fuerte para que le castigara severamente.

Como le llevaban sin amarrar, pensó escapar cuando atravesaran la selva.

Y el capitán estaba deseando que lo intentara, porque con el intento se haría responsable.

Por eso ordenó al sargento que le vigilara atentamente, pero dando la impresión de que no le tomaban en consideración.

Abandonaron el río para meterse en plena selva.

El sargento, un mocetón conocedor de los bosques, fue el encargado de montar los campamentos en los descansos, después de limpiar de maleza y hierbas el terreno, para que no les sorprendiera alguna serpiente de las que abundaban en tales parajes.

Se hacían hogueras que se alimentaban durante toda la noche para ahuyentar a las fieras.

No llevaban tiendas de campaña, y tenían que descansar al aire libre, en lucha titánica con los mosquitos.

En estas condiciones era muy difícil dormir.

Lamentaba el capitán haber dejado los caballos al otro lado de la selva, con el equipo que ahora les hacía falta, como los habían echado de menos cuando anteriormente entraron en ella.

El teniente acechaba el momento de poder escapar.

Sabía que su huida sería una deserción. No como la de Henry, que había terminado su contrato con la Legión, y no lo había prorrogado aún.

Su delito era grave, y si le cogían sería fusilado.

Tendría que escapar de allí donde los franceses tuvieran influencia.

Pero tenía al alcance de sus piernas, casi como un pequeño paseo, el Congo Belga, donde podría considerarse tranquilo.

Esto era lo que le animaba a pensar en la huida, y cuanto antes mejor, para no alejarse demasiado del Congo.

Se dio cuenta de que le vigilaban atentamente y que no habría de resultar sencillo intentar la huida de noche.

Por eso decidió hacerlo de día.

Y al segundo que estaban en la selva, se rezagó unos metros y cuando el capitán se dio cuenta había desaparecido.

Le buscaron durante horas sin el menor resultado, y eso que estaba muy cerca de ellos, pero subido a un árbol y escondido entre el espeso ramaje y lianas.

Esta huida iba a servir de mucho a Henry, ya que con ella el teniente se hacía responsable del delito que imputara a aquel.

El jefe de la policía indígena comprobó que, efectivamente, era cierto que Jean había preguntado por lo de las serpientes.

Toinette le decía al policía:

—¿Y cómo sabía el incidente de las serpientes, si yo no lo he dicho a nadie?

Jean afirmó que la negra se lo había dicho, cosa que esta negaba con firmeza.

Fue creído él y hasta la misma Toinette llegó a dudar.

La actitud del policía fue fría hacia Jean, y este se daba cuenta de que había perdido un amigo.

El ayudante del jefe de policía dijo a su superior, cuando se marchaban:

—Estoy de acuerdo con esa muchacha... Fue él quien colocó las cobras... Y es una torpeza por nuestra parte dejarle aquí para que pueda repetir el intento de asesinato.

—No creo que lo haga. Se ha dado cuenta de que sería muy peligroso.

—Pero si está seguro de que ha intentado matar a esa muchacha, ha debido detenerle...

—No podríamos probar nada... La palabra de una criada negra no tiene valor alguno.

Jean había quedado bastante asustado. Pasó por momentos de verdadero peligro.

Angbala le insultó. Pero él afirmaba cínicamente que había sido ella la que le había hablado de las dos cobras.

—No quiero rescindir el contrato por mi parte, pero debe abstenerse de intervenir en nada de lo que pase en la plantación —dijo Toinette.

—No puedo ser responsable de lo que pase si no soy yo el que está, como hasta ahora, al frente de todo —dijo él.

La muchacha se sometió.

Estaba segura de que no repetiría lo de las serpientes.

Pero no por ello dejaba de estar preocupada.

Encontró a Henry muy mejorado y le refirió cuanto había sucedido en casa de ella.

—Son dos buenas personas el capitán y el sargento. Estoy seguro de que, si me hubieran visto, me hubieran ayudado para que me escapara otra vez... Ese teniente es el que disparó sobre mí... Me odia hace tiempo y debe ser el autor del crimen de que me acusan.

—Pues no creo que lo pase bien con el capitán...

—Este sabe que ha sido él, pero no ha podido acusarle porque tenía una magnífica coartada. Había estado toda la noche jugando

al póker con otros militares.

—¿Por qué no dijo usted que había estado con una mujer? — exclamó Toinette.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿El capitán?

—No dijo nada, pero es de suponer que cuando usted callaba era por no comprometer a una mujer. Pero ella debió tener el valor de hablar y no dejar que las cosas se complicaran hasta ese extremo.

—Ella sabía que me habrían de permitir huir...

Y que yo hubiera seguido negando, terminando por declararme culpable de ese crimen y robo...

La muchacha le miraba con admiración.

—Un amor así ha de ser hermoso —dijo.

—Yo no estoy enamorado de ella.

La joven le miraba con los ojos muy abiertos.

—¡No es posible! —dijo.

—Pues así es —añadió Henry.

—Entonces no comprendo la razón de no hablar...

—Algún día se lo explicaré.

Pero estas palabras hicieron feliz a la muchacha.

No quiso insistir para que no se diera cuenta de su satisfacción.

—Mi herida ya está casi curada y puedo andar, creo que debo alejarme de aquí para no comprometer nadie.

—Puede descansar unos días más. Ya no hay peligro. Le creen muerto.

—No dejarán de buscar. El teniente presionará para que se haga.

Salieron de la choza de la pitonisa y pasearon por poblado, hablando de lo que pasaba con Jean.

—Si no hubiera el peligro de que me detuvieran, iría a su casa — decía Henry.

—¡No! ¡Eso no! En mi casa no puede estar... Cuando esté bien, debe marcharse lejos de aquí. Leopoldville se halla muy cerca... Pertenece al Congo Belga y nada puede pasarle allí. Nos veremos de vez en cuando; como está cerca puedo ir allí a menudo.

Henry la miró a la luz de la luna y se echó a reír suavemente.

—Creo que es conveniente que marche ahora o no haré ya nunca...

Toinette escuchaba temblando.

—No está todavía curado... Ha de permanecer más días aquí... — insistió.

—Pueden descubrirnos una de estas noches, mientras paseamos. Y los nativos lo dirán por ahí...

—No salen de sus tierras. No tienen contacto con la población

blanca...

—Es que si no marchó ahora...

Se detuvo y miró a la muchacha.

—Nos conviene a los dos —dijo al fin.

En silencio, la muchacha se abrazó a él y dijo:

—Lo venderé todo y nos iremos lejos... Nos casaremos en Leopoldville.

Henry acariciaba en silencio la cabellera de ella.



Se quedó muy sorprendido al ver a la muchacha...

CAPÍTULO IV

Tres semanas más tarde, seguían paseando por las noches los dos enamorados.

Una noche, la muchacha y su doncella se dieron cuenta de que eran seguidas, y de un modo consciente siguieron paseando por el río sin desembarcar.

—No hay que ir dónde está Henry; le descubrirían.

—Pero algo va a temer cuando pasen las horas y vea que no llego... Sabe que estoy en peligro desde que él mató las cobras —decía la muchacha, aunque añadió—: Pero esta noche no desembarcaremos, quiero que el que nos ha seguido crea que lo que hacemos es pasear por el río...

Y regresaron a la casa.

Era Jean en persona quien iba detrás de ellas. Pero en el río era un peligro seguirlas, porque se exponía, a ser descubierto a distancia.

Y cuando ellas dieron la vuelta, tuvo que esconderse en una parte oscura de la orilla, en uno de los meandros del río.

Veía cerca de él las cabezas de los caimanes que le contemplaban con curiosidad y pensaba Jean en lo que pasaría si cayera en esos momentos al agua.

Cuando vio pasar a las dos mujeres, se alejó a toda velocidad de aquellos vecinos que se atrevían cada vez a acercarse más, haciendo piruetas bajo la débil canoa, a la que hacían mover de modo alarmante.

Cuando llegaron a la vivienda, Angbala fue a llamar a la vivienda de Jean.

El criado que le atendía le dijo que no estaba en casa, que había salido.

Poco después se presentaba Jean, que al saber que habían preguntado por él supo se habían dado cuenta de que las había seguido.

Y a la mañana siguiente dijo como explicación:

—Anoche salí para recorrer parte de la plantación, porque no comprendo lo que pasa. Hay muchas llantas arrancadas...

—Esas plantas no están en el río, ¿verdad? —precintó Toinette.

—Hube de ir por el río para ganar tiempo...

—¡Es usted el embustero mayor que he conocido y el más

cobarde! Está ayudando al cobarde de Kutz, pero ha de llegar un día en que dispararé mis armas contra ustedes. Estoy esperando a que se den cuenta del peligro que supone para los dos lo que están haciendo.

Jean no consideró prudente discutir, y se marchó.

Y esa noche la muchacha contaba a Henry el espionaje de que había sido objeto, impidiendo su visita el día anterior.

—Me gustaría ver esas plantaciones de caucho —dijo Henry—. ¿Quieres que vayamos esta noche?

Como esto suponía el estar más tiempo al lado de él, accedió encantada.

Toinette conocía bien el camino y pidió a la criada que marchara a casa y que, si Jean preguntaba por ella, dijera que estaba durmiendo.

Henry estaba completamente restablecido, y llevaba su pistola cargada, a punto para utilizarla si era necesario.

Toinette recordaba lo que el capitán había dicho de él sobre el manejo de las armas.

Cuando llegaron a la parte del río en que debían desembarcar para llegar al lugar, alejado de casa, donde se habían sembrado árboles del Brasil traídos por el padre de ella, descendieron de la barca y cogidos de la mano caminaron entre una plantación de tabaco cuyas plantas les pasaban de la cabeza.

Henry miraba curioso en todas direcciones.

—Parece grande esta propiedad... —comentó él.

—Cien mil hectáreas —dijo ella.

—Puede conseguirse mucho caucho y tabaco a la vez...

—Eso era lo que decía mi padre, que conocía estos asuntos aunque no supiera leer ni escribir.

—No se concibe que con una propiedad así haya que pedir dinero a nadie.

—Eso es lo que yo pienso, y por ello niego lo de la deuda de mi padre.

Cuando llegaron a los árboles del caucho, se acercó Henry a ellos y dijo:

—Se está impidiendo que prosperen de una manera deliberada... Necesito unos hombres que trabajen conmigo de noche, y tú aleja a Jean de aquí una temporada. Le envías a una ciudad lejana con algún pretexto... Cuando regrese encontrará todo esto cambiado.

—Volverá a actuar. Es él quien lo está destrozando, de acuerdo con Kutz.

—¿Cuánto es lo que dice que le debes?

—Tres millones de francos.

—¿Cuándo tienes que pagar?

—Creo que falta poco más de un mes o solamente ese tiempo —dijo ella.

Henry quedó pensativo.

—Tienes que hacer que Kutz te diga ante las autoridades cuál es la cantidad exacta de la deuda.

—Pero si no admito esa deuda...

—Si hay testigos que afirman ser cierto, perderás siempre. Lo que vas a hacer es esto...

Y estuvo hablando Henry durante mucho tiempo.

Ella asintió a todas las instrucciones dadas por el joven.

Llegaron ya de día, uno al poblado y ella a la casa. Pero Jean no se había, levantado aún.

Cuando Jean estuvo ante Toinette, ella le dijo:

—No es que esté de acuerdo con usted, pero hay cosas en las que me fío más que en estos salvajes... Le voy a pedir que vaya a Libreville a rogar a François Dupont, amigo de mi padre, que nos deje el dinero para pagar a Kutz.

Jean cayó en la trampa y se ofreció a ir a esa ciudad.

Tardaría varios días en realizar el viaje, que era lo que Henry deseaba.

Y el mismo día que salía Jean para Libreville, Henry empezaba a trabajar, ayudado por los negros de la plantación, a quienes habló Angbala y el propio Henry en su idioma.

Toinette marchó a Brazzaville, dispuesta a pasar allí unos días.

Citó a Kutz ante el juez, para exigirle la presentación de los documentos que acreditaban la venta.

—Necesito ver esos recibos que dice tiene de mi padre.

El juez dijo que esto era justo, y Kutz afirmó que al día siguiente los llevaría.

Y al otro día volvieron a encontrarse en el Juzgado.

Ella había llevado a un abogado amigo.

—Parece —decía este, que estaba aleccionado por ella— que con la firma de los testigos que figuran, todos ellos conocidos, el recibo este tiene validez.

—Y lo mismo pasa con este otro —dijo Kutz, satisfecho de las palabras del abogado de la muchacha.

Hizo el abogado la comprobación y añadió que creía era tan válido como el otro.

—Bueno —le dijo ella, como de mala gana—, si no hay más remedio que aceptar esta deuda, en la que sigo sin creer, lo que

vamos a hacer es refundir en un solo recibo el importe total de los tres millones, y yo firmaré un recibo para prescindir de una vez de esos testigos, en los que no creo. Serán testigos mi abogado, el suyo y el juez.

Para Kutz esto era una solución en la que no se había atrevido a pensar.

Su abogado le dijo que aceptara en el acto, y se extendió el recibo.

—Pero hay que hacer constar en él, como en estos otros —dijo Kutz—, que la plantación garantiza la deuda.

—No hay inconveniente —dijo la muchacha.

—Y que, si no pagas en la fecha que se fija, me quedará la plantación.

—Una cosa es que la plantación garantice la deuda y otra que por ese dinero pueda quedarse con toda mi propiedad... —dijo Toinette.

—Es lo que yo había acordado con tu padre.

—Eso no puede hacerse —dijo el juez—. Lo único que puede exigir es una garantía de esa cifra, y se la da con la propiedad. Pero eso no puede decir, ni dice, que por el hecho de no pagarle puede quedarse con la finca entera —aclaró el magistrado.

—Es que de este modo puede pedir a cien personas distintas con la misma garantía y...

—Pienso pagarle, de todos modos, antes de la fecha... —dijo ella, haciendo que Kutz abriera los ojos sorprendido—. Mi capataz se ha dado cuenta de que estaba realizando los trabajos equivocados y ha ido o concertar la venta del caucho para el próximo año, pero me anticiparán dinero para pagarle.

Esto era un duro golpe a los proyectos de Kutz.

—Habrás que decir a esos hombres que les vas a engañar... No eres tú la que podrá vender ese caucho, sino yo...

—Si ella le paga lo que le debe dentro de la fecha que ha indicado —dijo el juez—, seguirá siendo la única dueña de toda la propiedad.

—Es que no tendrá el dinero para esa fecha... Habíamos acordado su padre y yo que el pago se haría quince días antes de la fecha fijada.

El juez miró a Kutz y dijo:

—Me parece que vamos a acabar todos creyendo que esta deuda no ha existido nunca. Acaba de decir la fecha en que deben pagarle y al saber que puede conseguir ese dinero, cosa que usted no esperaba, trata de falsear las cosas. Solo tiene validez lo que hay

escrito en estos recibos que ha presentado.

—Y es a mí —dijo la muchacha— a quién van a dejar el dinero como anticipo de la cosecha de caucho.

—No habrá caucho para entonces todavía.

—No se preocupe.

—Pero eso es una estafa...

—No. Porque lo voy a garantizar con mi firma y frente a toda la propiedad. Lo que pasará es que entonces, si no entrego el caucho, serán ellos los que se queden con todo lo mío.

Von Kutz estaba furioso.

Se sabía atrapado en una buena trampa, de la que no podía soltarse ya.

—No creo que te dejen tanto dinero... Jean informara que no hay ese caucho.

—¿Es que está de acuerdo con usted, el técnico que tengo en mi plantación? —preguntó Toinette.

—Le he oído hablar muchas veces...

—¿No es más cierto que obedece sus órdenes y trataba de retrasar el crecimiento de los árboles? ¡Ahora ha cambiado! Aspira a conseguir mucho más de lo que usted le ofrece. Quiere casarse conmigo; piensa que así será él el dueño de todo.

—¡Es un cobarde traidor! —se enfureció Kutz—. Se había comprometido...

Dejó de hablar porque lo que iba a decir era muy peligroso.

—Puede seguir hablando... Lo sé todo por él. Ya no quiere hacerle más caso. No ha hecho más que prometer, sin que le haya dado nada todavía.

Kutz estaba desconcertado.

Sabía que el capataz había salido de viaje. Y supuso que era para lo que Toinette estaba asegurando.

—Es cierto que habíamos acordado de palabra que el pago se hiciera quince días antes, pero si lo que vale es lo que figura en los recibos, sea así —decidió al fin.

Hicieron un nuevo recibo que firmó la muchacha, rompiendo después los otros.

En el nuevo recibo se hacía constar que no había otros recibos que tuvieran validez.

Kutz comentaba con su abogado:

—Me parece que nos han traído solo para hacer desaparecer esos recibos...

—Pero es mejor el que se ha firmado ahora... Claro que, si la muchacha paga en la fecha convenida, usted queda desligado de esa

propiedad, que al parecer es lo que esa joven se propone. Por eso va a pedir a los del caucho un anticipo para pagarle, garantizando el préstamo con la cosecha y la propiedad.

Kutz no respondió.

—Y eso es lo que me parece que buscaba usted... Ese Jean es el que ha puesto todo en claro...

—¡Es un cobarde! Fui yo el que le recomendó al padre de esa muchacha como capataz. Hicieron un contrato admirable para él, por tres años... Y ya ve cómo me lo paga. No creo que ella se case con él... Lo ha explotado para saber lo que le interesaba.

—Pues a usted le ha estropeado un bonito negocio. Ya no se puede quedar por tres millones con esa riqueza que ha de superar los trescientos de valor —agregó el abogado, que había colaborado en la superchería.

—Aún no ha conseguido los tres millones.

—En esas condiciones, los conseguirá. Y más dinero si le hiciera falta. Debió poner mayor cantidad en esos falsos recibos. Claro que una cifra más elevada llamaría la atención...

Kutz no quiso seguir la discusión.

El juez había mandado llamar, sin que lo supiera Kutz, a los que figuraban como testigos en los recibos presentados por este.

Fue tan hábil el interrogatorio, que terminaron por confesar que Kutz les había pedido que firmaran en unos recibos, pero que no sabían que fueran de La Motte.

Más acosados aún, terminaron por confesar que era mentira la entrega de esa cantidad a La Motte, y que el recibo se había extendido después de muerto el padre de Toinette.

El juez era un hombre severo y justo y quiso castigar la falsedad de esos recibos.

Con una confesión amplia de los testigos, en el cajón de su mesa, el magistrado hizo comparecer nuevamente a Kutz y le pidió el recibo firmado por la muchacha, para poner en él lo de la garantía de toda la propiedad.

La ambición de Kutz le hizo frotarse las manos de satisfacción y entregó el recibo. Cuando el juez lo tuvo en su poder lo rompió, al tiempo que decía:

—No quiero castigarle más. Creo que es suficiente con esto. Le entregaré, a cambio, una copia de la declaración prestada, voluntariamente, por los testigos que usted presentaba en los recibos de la deuda que decía había contraído con usted el viejo La Motte.

Y le dio, en efecto, una copia de la declaración.

Kutz miró fríamente al juez y no dijo nada de momento.

—Habrà tenido que asustar mucho a estos hombres para que mientan como lo hacen en esta declaración.

—Yo creo que debe someterse a que la verdad se haya abierto camino. No quiero tener que seguir investigando hasta conseguir saber quién fue el que mató a La Motte... o quién ordenó el asesinato.

—Eso no me preocupa a mí.

—Si se realizara un juicio, con estos antecedentes y el intento de asesinato de la hija de La Motte por su hombre de confianza colocado allí, su situación sería muy difícil. Tengo un amigo que está muy interesado en que se haga luz en este asunto... Es capitán de la Legión. Él es quien me ha hecho seguir el camino recto que llevo en la carrera. Me habían hablado mucho de usted, y el capitán se llevó la impresión de que yo era un cobarde. ¡No me obligue a demostrarle a usted que está equivocado! No se puede jugar demasiado con nosotros...

Kutz salió de la oficina del juez bastante asustado.

Había perdido los tres millones de francos que pensaba defraudar, después de habérsele ido unos terrenos que ansiaba conseguir a toda costa.

Si para ello era preciso tener que matar a Toinette, se haría. Pero los terrenos no podía perderlos, porque ya estaba en tratos sobre ellos para venderlos a un precio que no podía despreciarse: ¡Mil millones de francos!

Buscó a sus amigos, que los tenía y decididos, y les dio instrucciones.

El juez había enviado a Toinette, en una carta, el recibo que había firmado a Kutz, así como una copia de la declaración de los testigos.

Para la muchacha, que seguía en la ciudad, fue una sorpresa recibir las noticias que el juez le daba. En la carta le decía que no estaba dispuesto a que su amigo el capitán pensara de él que era un cobarde.

Ella, corrió a visitar a su abogado, para darle la buena nueva.

El letrado se mostró tan sorprendido como ella por el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

—¡Bueno! —dijo—. Ya está libre de esa pesadilla. Pero ahora el juez, si sabe cumplir con su deber, ha de apresar a ese cobarde; debe ser el responsable de la muerte de su padre.

—Ya es bueno saber que se ha aclarado lo de la deuda. ¡Estaba segura de que era falsa!

La muchacha deseaba poder ver a Henry, para explicarle lo que pasaba.

Y pensaba en el disgusto que había de suponer para Jean él conocer lo sucedido en la ciudad.

Sin embargo, no podía sospechar que acababa de empezar una dura guerra entre Kutz y ella.

Para este, el tiempo tenía un valor inmenso. Había calculado el que figuraba en los falsos recibos...

Para entonces tenían prevista su llegada los compradores que iban a pagar la cifra casi astronómica por unos terrenos que pensaba apropiarse y que se le iban de la mano cuando ya los consideraba suyos.

Envío a sus secuaces a las plantaciones de la muchacha, con instrucciones concretas.

Esa fue la razón de que la misma noche que recibió la carta del juez y que Toinette se puso en camino para entrevistarse con Henry, asaltaran la casa que poseía en la ciudad, incendiándola de manera que, de estar dentro la muchacha, no habría podido salvarse.

Y como no comunicó a nadie su intención de marcharse, fue criterio general que había desaparecido en el incendio.

El fuego no se sabía cómo empezó, y aunque el juez estaba seguro de que era obra de Kutz, no tenía pruebas para acusarle de ello.

Su esposa, con la que el magistrado comentó el asunto, se asustó:

—No has debido enfrentarte con ese hombre.

—No te preocupes... No creo que se atreva a atentar contra mí; sabe que ello sería su muerte.

CAPÍTULO V

Henry sonreía al escuchar a Toinette.

—¡Buen golpe ha recibido ese alemán! Ahora ya tenemos tiempo, y no hace falta que trabajemos de noche... —añadió.

—Es admirable lo bien que lo ha hecho el juez —decía Toinette—. No ha querido que su amigo, el capitán, siga pensando mal de él.

—Kutz fue, entonces, el que mandó asesinar a tu padre, y ha de pagar lo que ha hecho.

—Lo que quiero es que tú estés tranquilo... Ya no me es posible devolver la vida a mi padre.

—Me voy a presentar en tu casa para solicitar trabajo...

—Se darán cuenta en el acto de que se trata de ti y avisarán a la policía indígena y al Fuerte Lamy. No vayas a casa cuando puedan verte.

Quedaron en silencio.

—Los amigos de Kutz han de estar en los grupos madereros —dijo la muchacha—. Es allí donde asesinaron a mi padre...

—Y de allí es de donde llevaron las dos crías de cobra a tu cama... Eran pequeñas, pero mortíferas en grado sumo.

—Tuve suerte que llegaras a mi habitación tan a tiempo. Unos minutos después y habría sido tarde.

—Fue providencial, desde luego —dijo Henry.

—Y si hubieras perdido el conocimiento antes de ver a las serpientes, te habrían matado a ti, cuando habías conseguido escapar de la persecución...

Al ser hora de retirarse, marcharon los dos al poblado de los butanguis.

—Voy a regresar a casa. Es posible que hoy llegue Jean para darme cuenta de que no pueden ayudarme esos amigos de mi padre, porque ya se habrá encargado él de asustarles para que no lo hagan.

—Voy contigo hasta allí. No quiero que vayas sola de noche por el río. Hay cocodrilos en algunas zonas y si cayeras al agua...

—No temas. Conozco el camino y no me asusta la selva. En esta parte no hay tigres y las serpientes son tan peligrosas yendo sola como acompañada.

Pero no pudo evitar que Henry la acompañara y la dejara cerca de la vivienda.

Por la negra, que la esperaba, supo que Jean había llegado muy tarde.

Ella había dicho que Toinette dormía.

—Pensaba decirle mañana que usted estaba en Brazzaville —añadió.

Al día siguiente Jean fue a la vivienda de Toinette.

Angbala le dijo que no tardaría en levantarse. Y él quedóse paseando ante la casa en espera de poder hablar con la muchacha.

Estaba contento, porque la respuesta de los visitados en Libreville era negativa en absoluto, ya que no podían darle ni cien francos.

Cuando apareció la dueña, se encaminó a la casa.

La muchacha apenas si le saludó.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó.

—No pueden ayudarle en nada. Han tenido que realizar grandes desembolsos en poco tiempo y ello les impide atender su súplica...

—Supongo que es una noticia que le alegra, ¿verdad?

—No, todo lo contrario. Me alegraría que pudiera salir de la situación difícil en que se encuentra. Ya falta poco y...

—¡Hay muchas noticias por aquí! —dijo Toinette—. Puede pasar y sentarse.

La actitud serena de la joven intrigaba a Jean, así como que le invitara a entrar en casa.

Una vez que estuvieron los dos sentados, empezó Toinette:

—He estado en Brazzaville... El juez se ha portado muy bien conmigo.

Jean no respondió. Esperaba que ella continuara.

—El que creo que está muy disgustado y algo furioso es su amigo Kutz. Y he de confesarle, que he mentido algo delante de él... Le he dicho que como usted aspiraba a casarse conmigo, ha cambiado del modo de pensar y me ha confesado la verdad de todo. ¡Y cayó en la trampa! Le llamó cobarde y traidor. Todo esto delante del juez.

Jean estaba nervioso, asustado y furioso.

Acababa de darse cuenta de que ella la había enviado lejos para poder engañar a Kutz.

—Le he dicho —siguió hablando la muchacha— que usted había ido a solicitar ayuda de los compradores de caucho, quienes me anticiparían los tres millones para pagarle a él antes del plazo. Ese anticipo lo garantizábamos con la propiedad. Debió temer por el éxito de su estafa, porque trató de hacer valer una cosa que le descubriría: el que el pago estaba acordado con mi padre que se

hiciera dos semanas antes de la fecha que indicaban los recibos...

—No está bien que haya utilizado mi nombre con falsedades —dijo Jean.

—Lo que buscaba, bien lo justifica... Me acaba de decir que lo que usted desea es que salga de esta situación difícil, no puede disgustarle lo que le estoy diciendo...

—Pero no me agrada que mi nombre sirva para engañar a nadie. Yo diré a Von Kutz que no es cierto.

—Puede ir a decírselo, pero es posible que no le crea. Seguiré diciéndole lo que ha pasado. Refundimos en un solo recibo los dos que él poseía y que yo firmé, porque decía mi abogado que, con la presentación de esos testigos, no me quedaba más remedio que aceptar la deuda.

—¡Vaya, veo que se ha vuelto sensata!

—Usted estaba seguro de que era cierta la deuda. No lo ha dudado nunca, ¿verdad?

—Así es, se lo he dicho muchas veces. Y ahora, ¿cómo va a pagar esa cantidad?

—¿Qué cantidad? —dijo la muchacha sonriendo.

—Los tres millones de francos.

—¡Pero si no debo nada a Kutz! Déjeme que termine...

Jean la miraba un poco sorprendido y preocupado.

—¿Pero no está diciendo que ha firmado un recibo por ese importe?

—Lo firmé, es cierto, pero después han sucedido cosas, Lea esta carta.

Y entregó a Jean la carta del juez.

Jean iba palideciendo a medida que avanzaba en la lectura.

—Y esta es la copia de la declaración de los testigos a que se refiere el juez en esta carta.

—¡Esto no es posible! ¡Han tenido que amenazar a esos hombres para que declaren de este modo!

—No hubo amenaza de ninguna clase. Lo que ha pasado es que el juez ha sabido cumplir con su deber. Así que ahora, ya no tiene que retrasar el desarrollo de los árboles. No hay deuda alguna. He planteado ante el juez su caso, y me ha dicho que, si se ha comprobado, como yo digo, que usted se ha dedicado a entorpecer mi riqueza en vez de ampliarla, puedo despedirle sin necesidad de pagarle indemnización alguna, y es lo que en estos momentos hago. Puede recoger sus cosas y largarse de aquí. El juez quería detenerle por lo de las serpientes, pero yo le he dicho que para mí es suficiente que usted se marche de estas plantaciones. Así que ya

sabe lo que hay. Y muchas gracias por este viaje que ha hecho y que ha tenido para mí el mejor resultado que podía esperar. Estoy segura que asustó a esos amigos. ¡Poco sospechaba usted lo que estaba sucediendo en Brazzeville!

Jean no acertaba a reaccionar.

—No ha terminado el plazo de mi contrato.

—Es lo mismo. No quiero tenerle más. Puede reclamar ante el juez lo que estime que le corresponde.

Jean, seguro de que había perdido, no quería ni la satisfacción a la muchacha de verle abatido.

—¡No pienso marcharme hasta que termine mi contrato! —dijo.

—Yo me encargaré de que le echen; no se preocupe. Ya verá cómo se marchará.

Y Toinette hizo llamar a los que trabajaban con Henry de noche.

Cuando vio a los negros que le rodeaban, se volvió lívido.

—¡Tenéis que echarle! —dijo ella.

Se acercaron varios a él y le cogieron violentamente por los brazos.

—Podéis llevarlo al arroyo de los caimanes. No creo que se pierda nada con ello, y de paso eliminamos algunos de esos bichos repugnantes, porque los que comen de esta carne no han de pasarlo bien.

Al sentirse arrastrado, Jean suplicó perdón y acabó diciendo que marcharía voluntariamente.

Estaba seguro que había perdido todo ascendiente sobre los salvajes.

Toinette ordenó que le soltaran y Jean, aterrado por la actitud de los negros, recogió sus cosas y se dispuso a abandonar la plantación.

La clara hostilidad de los braceros le acompañó hasta el borde de la propiedad, incluso en el viaje por el río.

Jean iba a buscar a Kutz para decirle que le habían engañado.

Iba pensando en los millones que había perdido al sallar el intento de las cobras... y por no haber tenido valor de disparar sobre ella.

Era cierto que llegó a pensar que si ella se enamorase de él, sería suya toda la inmensa fortuna que valían esos terrenos.

Y eso era lo que le había perdido. Ahora se encontraba sin colocación y sin dinero. Porque no sacaría a la muchacha un solo céntimo.

Se había reído muchas veces de ella y resultó que la que se reía con más razón y más fuerza era Toilette.

Una vez en la ciudad, buscó a Kutz, pero no lo encontró.

Se había marchado el día antes para que no pudieran culparle del incendio de la casa de Toinette.

Se hablaba de la muerte de ella, pero Jean aclaró que acababa de ver a la muchacha en su plantación.

Era una buena noticia para el juez, que dijo a su esposa:

—Kutz ha fallado el golpe decisivo. No ha podido asesinar a la muchacha. Cuando venga a la ciudad, le detendré para que aclare lo de este incendio. Sé que ha sido él y le demostraré que no se puede reír de mí... Le tendré encerrado una temporada.

—No debes meterte con él —volvió a repetir su esposa.

—Ha de respetar la Ley... Y yo le enseñaré a que lo haga.

La mujer, que conocía el carácter tozudo de su esposo, no quiso insistir.

Jean visitó a los amigos de Kutz.

Nadie sabía dónde estaba el alemán.

Decidió esperar a que regresara, e instalóse en casa del mismo Kutz.

Esto tenía que levantar sospechas, pero el juez no reparó en ello. En la plantación había novedades también.

El capitán se presentó acompañado de su esposa.

Amelie era una encantadora joven, con la que desde los primeros momentos congenió Toinette.

El capitán sonreía al ver lo pronto que las dos mujeres habían trabado amistad.

—¡Ah! —dijo el capitán—. ¡Traigo una gran noticia! Henry no tiene que esconderse. No hay nada contra él. Apareció el verdadero culpable de lo que le imputaban a él. Fue el teniente, de acuerdo con un legionario. El teniente escapó cuando le llevábamos de aquí, pero al legionario, de quien ya sospechábamos, le hicimos caer en una trampa al detenerle y decirle que el teniente le había denunciado. Cantó de plano y dijo cómo se había perpetrado. El teniente solo pidió una pequeña parte del dinero. Lo que deseaba era que mataran a Henry.

—No comprendo ese deseo —dijo Toinette.

—Lo comprenderás cuando te diga que estaba celoso —dijo Amelie—. Creía que la mujer de quien se había enamorado, lo estaba de Henry, y trató de eliminar a este.

—No he hablado con Henry sobre esto... Pero ¿no era cierto que estaba enamorado de ella y ella de él?

—Me parece que estás tan celosa como el teniente —dijo Amelie, riendo.

Toinette se echó a reír.

—Vaya, veo que has acertado —dijo el capitán a su mujer—. Me afirmé cuando le refería lo que había pasado, que te estabas enamorando de Henry o que ya lo estabas.

—Pues no se equivocó. Hoy le amo con toda mi alma.

—Pues puedes decirle que ya no tiene que esconderse —dijo el capitán.

—Iremos esta noche todos a decírselo —añadió Toinette.

Ella dio cuenta a su vez de lo que había pasado en ese tiempo.

—Me alegro que Henry pueda quedarse aquí —decía el capitán—. En el Fuerte le sería muy difícil seguir, aunque todos le estiman...

—¿Y qué fue del teniente? —preguntó Toinette.

—Debe andar por ahí. Se escapó en la selva... Quizá haya pasado al Congo Belga.

—Me preocupa que pueda encontrar a Henry...

—No temas. Es el teniente el que no ha de desear que esto suceda. Henry, sabiendo que es el autor de aquellos crímenes, le mataría.

La conversación continuó animada, hasta que llegó la hora de ir a ver a Henry.

Este, que esperaba en el lugar de siempre a Toinette, al ver que iba acompañada se escondió un poco, pero en el acto se dio cuenta de que eran el capitán y su esposa los acompañantes y corrió hacia ellos entre exclamaciones de alegría.

Se abrazaron los tres.

A Toinette se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción.

Henry hablaba sin cesar, y cuando el capitán le hizo saber que nada tenía que temer, dijo a Toinette.

—Entonces ya puedo ir a la vivienda y aclarar lo que pasa con ese Jean...

—Le he echado de casa hoy mismo. Ya no está allí y, por lo tanto, no tengo capataz... Puedes ocupar el puesto hasta que nos casemos.

El capitán se dio cuenta de que el tono de voz de Henry cambió algo.

—Ya hablaremos de eso... —dijo Henry—. No se pueden precipitar las cosas.

—¿No te das cuenta de que estoy sola en el mundo y necesito a alguien que me proteja?

—Me tienes a mí, que seré tu capataz. Lo otro vendrá, pero a su tiempo. No debes incomodarte conmigo porque te diga esto.

El capitán intervino para que ella aceptara lo que Henry decía.

Y los cuatro fueron recorriendo a la luz de la luna la parte de la plantación en que se hallaban.

Henry ordenó a los trabajadores que se marcharan a descansar, anunciándoles que desde el día siguiente trabajarían durante el día.

—He de ir a Brazzeville para agradecer al juez lo que ha hecho por ti —decía el capitán.

—Iremos todos —dijo Henry—. Tengo ganas de poder beber un trago y estar entre gente sin el temor de estos últimos tiempos.

—Podemos ir ahora mismo —decía Toinette.

—Es mejor hacerlo de día... No quiero seguir moviéndome como los murciélagos: solamente de noche.

Regresaron todos a la vivienda de Toinette, y una vez en ella, dijo Henry:

—¿Quién es el que ayudaba aquí a Jean? Las serpientes no las pudo poner él.

Esto era razonable, e hizo que Toinette exclamara:

—¡Es cierto! ¡No había pensado en ello!

Fue la criada la que, conociendo muy bien a los que estaban allí, sabía los que eran incondicionales de Jean y dijo el nombre del que debió ayudar al antiguo capataz.

Y lo confirmaba el hecho de haberse marchado sin que nadie le despidiera.

Toinette se acercó a Amelie y le dijo:

—Tienes que hacer que hable de su vida... Me parece que hay algo en ella que es lo que le impide casarse conmigo según mi deseo. Es posible que esté casado...

—No te prometo nada, porque mi esposo se enfadaría conmigo si tratara de averiguar algo. Ya sabes que es una consigna que se respeta en la Legión, el no preguntar a nadie por su vida pasada.

—Es que yo no me atrevo a hacerlo...

—Mi consejo es que no lo hagas. Si se marcha, y ahora está libre, se iría tan lejos que no volverías a verle más. Ten paciencia y deja las cosas como están.

Toinette terminó por dar la razón a Amelie.

Se instalaron en la casa, que era amplia, y a la mañana siguiente, después del desayuno, recorrieron la plantación.

Y llegaron hasta donde estaban los equipos madereros.

El capataz de ellos era un negro enorme, que hablaba el francés bastante bien; se llamaba Masilo.

Saludó a Toinette y miró con recelo al legionario. También miraba con curiosidad agresiva a Henry.

—Soy el nuevo encargado de las plantaciones y de este bosque —dijo a Masilo—, y volveré a pasar por aquí para que me des cuenta de lo que se hace...

—El encargado es Jean. Tiene un contrato por tres años y no los hace aún que llegó —dijo Masilo.

—Jean se ha marchado —dijo Toinette—, y es este joven el que ocupa ahora su puesto.

—Estoy de acuerdo con Von Kutz, que se va a hacer cargo de la plantación muy pronto y...

—¡Si no estás de acuerdo, puedes marcharte como ha hecho Jean! Diles a esos lo que pasa. Y que ellos decidan si se marchan o se quedan.

Las palabras de Toinette hicieron sonreír a Masilo que empezó a hablar a los negros que estaban cerca de los reunidos.

—¿Qué les has dicho? —preguntó con naturalidad Henry.

—Lo que me ha pedido la patrona, y piensan como yo: que es Jean el que manda aquí, hasta que Kutz, el alemán, se haga cargo de todo.

—¡Eres un embustero! —dijo Henry, que se puso en el acto a hablar con los negros, explicándoles lo que había pasado.

Masilo trató de impedir violentamente, con su enorme fuerza, que siguiera hablando, pero Henry demostró que no era manco y dióle la réplica debida, con golpes de judo, que colocaron fuera de combate en pocos segundos al gigante.

Henry era casi tan alto como él y su cuerpo fibroso estaba acostumbrado a ejercicios gimnásticos.

Para los negros, tenía más importancia lo que acababa de hacer que cuanto les estaba diciendo.

La mayoría se pusieron al lado de Henry.

Había derrotado al que era casi un dios para ellos.

Cuando Masilo volvía en sí, sin querer comprender lo que le había pasado se lanzó nuevamente sobre Henry, pero este aumentó el castigo.

Fue el propio Masilo el que, sin poder soportar más el terrible castigo, pidió perdón.

—Puedes marcharte y que te acompañen los que estén de acuerdo contigo —dijo Henry.

—Puedo quedarme a trabajar contigo —dijo Masilo.

—No. No te quiero aquí. ¡Lárgate!

Con Masilo iban otros dos, pero al separarse del grupo, uno de estos tres cogió una lanza que tenía apoyada en el tronco de un árbol y cuando ya la iba a lanzar sobre Henry, este disparó, una sola

vez.

El cuerpo del traidor se desplomó poco a poco, con la lanza empuñada todavía.

Masilo y los otros dos echaron a correr por el bosque como alma que lleva el diablo.

Toinette miraba un poco preocupada a Henry.

—¡He salvado la vida de milagro! —exclamó Henry—. No sé cómo me di cuenta que cogía la lanza. Son muy seguros con ellas y la suelen llevar envenenada.

CAPÍTULO VI

Dejó Henry que fueran los propios trabajadores quienes eligieran al que había de ser su capataz.

De este modo no se enfrentaba con nadie.

Pero le preocupaba Masilo. Parecía uno de esos hombres que no aceptan las derrotas y sabía que iría a ver a Kutz para que le dijera qué era lo que tenía que hacer.

Recorrieron el bosque, que era selva y la mujer del capitán no acababa de comprender que se atrevieran a estar trabajando allí.

Podían observarse rastros dejados por las fieras. Esa era, sin duda, la razón de que no hubiera blancos allí.

Solamente los indígenas se atrevían a trabajar en tales condiciones.

La esposa del capitán pedía detalles de los leopardos, que decían abundaban por allí.

Los monos saltaban por encima de ellos entre constantes chillidos.

Nadie se preocupaba de ellos.

—Los braceros —decía Henry— no matarán nunca a un mono. Ellos son los que avisan con sus gritos, cuando se acerca una fiera de las que suponen un verdadero peligro. Son curiosos por instinto y se pasan las horas viendo cómo trabajan.

—Comprendo —dijo Amelie—. Estos monos son los que avisan, sin darse cuenta, de que se acerca una fiera.

—Ellos hacen, después, lo mismo que han visto hacer durante horas —añadió Henry.

Estuvo Henry hablando con los indígenas en su idioma, con gran alegría por parte de ellos. La importancia de Masilo quedaba reducida, ya que no les hacía falta intérprete para hablar con el nuevo encargado.

Era una de las razones por las que los negros estaban más conformes con Henry.

Otra, era la promesa de Henry de que les comprarían vacas y terneros para que los llevaran a sus poblados, si el beneficio así lo aconsejaba.

Pero hacer comprender a los negros lo que era beneficio, costó mucho tiempo a Henry.

No obstante, cuando se alejaron de allí, iba contento.

—Todo se irá organizando —decía a Toinette—. Hasta ahora han hecho lo que ese alemán ha querido y temo que nos siga dando guerra... Porque Masilo se presentará en el bosque para atemorizar a los que sabe que le tienen miedo. Por eso voy a tratar de encontrar trabajadores blancos.

—No los encontrará. Mi padre no lo consiguió tampoco. Les asusta la selva.

—Es que haremos un claro talando parte del bosque, que sirva de cinturón protector, que las fieras no podrían cruzar.

—No creo que les convenza con nada.

—Con una buena paga cada mes... —insinuó el capitán.

—No es suficiente... Asusta mucho la proximidad de los leopardos, los caimanes y, sobre todo, las diversas variedades de serpientes, que son las más traidoras.

—Yo me encargaré de convencerles para que trabajen bien. Pero me parece que la madera no es el mejor negocio de estas tierras. Hay mucha palmera y las nueces de ellas son muy ricas en aceite...

—También tenemos un grupo que se dedica a ello y una especie de refinería en la parte más occidental, de la que se sacan muchos hectolitros de aceite de palma, que se paga bien —dijo Toinette.

—Con Henry aquí, vas a ser una de las mujeres más ricas del país.

—La verdadera riqueza está en el caucho, que es lo que buscaba el alemán. Hace muchos años la competencia con Malasia no podía hacerse. Las necesidades eran mucho menos... Ahora, una plantación es como poseer una mina de oro —dijo Henry.

Quedaron en que irían al día siguiente hasta la refinería.

Y marcharon a Brazzaville, adonde llegaron al caer la tarde.

Fue una sorpresa para Toinette encontrarse con la casa convertida en un montón de ceniza y restos calcinados de muebles.

Buscaron alojamiento en un hotel y el juez explicó lo que había pasado.

—Esto es obra de Kutz —decía Toinette.

—Pero no se le puede culpar de ello —decía el juez.

—Entonces, no se le puede castigar, ¿verdad? —dijo Henry, después de las presentaciones.

—Eso es lo que he querido decir —añadió el magistrado.

—Pero si usted está seguro de que ha sido él...

—Aun así, no puedo demostrar que haya sido él, porque no estaba en la ciudad al declararse el incendio. Eso es lo que le hace ante mí más sospechoso. Pero se trata de una persona a la que se teme en cierto modo, y es preciso tener pruebas para poder

encerrarle.

—¿No ha tenido pruebas de lo que hizo con los recibos? —dijo Henry.

El capitán se daba cuenta del mal rato que le estaba haciendo pasar al juez.

Pero tenía que estar de acuerdo. Era mucho lo que había hecho, pero no lo suficiente todavía.

Ayudó a la muchacha a demostrar que no existía tal deuda, pero estaba en libertad el granuja que había falseado los recibos, y los testigos que se prestaron a ello.

—Tienen que comprender que no estamos en París —decía el juez—. El alemán tiene aquí influencia sobre la población negra, que es muy superior, y resulta peligroso enfrentarse a él.

—Hay un medio: no aceptar cargos de responsabilidad si falta valor para que la Ley se cumpla —dijo con crudeza Henry.

—Habla así porque está disgustado con lo que han hecho a Toinette, pero si conociera esta tierra comprendería lo que digo.

—Para triunfar aquí hay que ser decidido y valiente. Es lo que se impone ante el indígena —dijo Henry—. Conozco muy bien esta tierra y el Congo... No es actuando como usted hace cómo se consigue de los salvajes el respeto y la admiración. Son sencillos como criaturas y lo que les emociona es todo lo que suponga valor.

El capitán consiguió que la conversación derivara sobre otros temas.

—No hace ningún bien a su amigo, al cortar esta conversación —dijo Henry. Tiene que convencerse de que el camino que lleva es equivocado, si quiere seguir por aquí.

—Está deseando que le trasladen a la metrópoli —dijo el capitán.

—No debió haber venido —observó Henry, dando media vuelta.

—Tiene que perdonarle —decía Toinette al juez—. Está ofendido con Kutz y desearía que le castigaran por lo que ha hecho en contra mía.

Cuando llegó la hora de retirarse al hotel y, una vez en él, la de acostarse, Henry salió para recorrer los bares que había en la población, todos ellos propiedad de blancos, aunque árabes en la mayor parte, o hebreos.

Se informó de cuál era la casa de Kutz, que resultó ser casi un palacio, y se afirmaba que parecía un verdadero museo y guardaba objetos de mucho valor.

Henry sonreía de satisfacción anticipada al pensar en el disgusto que iba a dar al alemán.

Resultaba sospechoso y difícil conseguir petróleo o gasolina... Pero vio varios camiones detenidos a la puerta de un almacén cerrado.

Se pasó parte de la noche echando gasolina a través de las ventanas de la casa de Kutz.

Tanta, que casi había dejado vacíos todos los depósitos de combustible de los vehículos.

Cuando supuso que la casa debía ser casi un río de gasolina por dentro, echó una cerilla.

Corrió para entrar en su cuarto del hotel por una ventana.

Cuando toda la población estaba alborotada por el resplandor del enorme incendio, Henry era uno de los despertados clientes del hotel que bajó en pocos minutos al vestíbulo para oír los comentarios sobre el incendio.

—¡Es la casa de Von Kutz! —decían.

El capitán miró a Henry y este sostuvo la mirada con naturalidad.

Toinette también miró de un modo inconsciente a Henry, que sonreía.

—¡Dios es justo! —dijo Henry, por todo comentario.

Los camiones y coches, ante el peligro de que el incendio se extendiera, salieron de la ciudad, con lo que el peligro de que se dieran cuenta de la falta de gasolina se alejó un poco.

No había medio de evitar que el edificio ardiera completamente, con todo lo que había dentro.

El juez, al saber que era la casa de Kutz, comentó con su esposa:

—Ese muchacho no ha perdido el tiempo. Lo que no comprendo es cómo ha podido hacerlo tan rápidamente y de modo que no se salve nada.

—¿Es que crees que es obra de ese amigo del capitán?

—Estoy seguro.

—Entonces, de acuerdo con su teoría, debes detenerle...

—No lo hice con Kutz... y tiene razón. ¡No sirvo para estar aquí! ¡Tengo miedo de Kutz!

—Lo que tenemos que hacer es poder volver a la patria —dijo la mujer.

—Ese es mi deseo también —decía el juez—. Pero este incendio va a traer complicaciones.

—Tú no tienes que intervenir en estas cuestiones.

Cuando se convencieron de que no se podía sofocar el fuego y de que no se extendería a los edificios próximos, los curiosos fueron desfilando.

Toinette se acercó para presenciar el espectáculo, acompañada por el matrimonio y por Henry.

—Dicen que era un museo esta casa... —comentó Henry.

—¿Cuándo lo has averiguado? —preguntó el capitán.

—Lo escuché anoche, poco antes de que se iniciara el fuego...

—¡Sabía que habías sido tú! —exclamó Toinette.

—Hay que golpear del mismo modo que nos golpean. Es el único medio de hacer comprender que estamos dispuestos a atacar lo mismo que a defendernos.

—Pero esto...

—¿Qué hizo él con tu casa? Así se dará cuenta de que también conocemos el medio de responder.

Se retiraron para dormir. Al día siguiente, el comentario obligado era el incendio de la casa del alemán.

Henry pudo captar una sorda complacencia en una gran mayoría.

Había muchos que le odiaban, como se odia a toda persona que se presta a hacer favores, pero los condiciona de una manera leonina.

Von Kutz llevaba muchos años en la ciudad y la fortuna que había levantado tenía su origen en el préstamo de dinero a intereses de tipo astronómico, que en la época de crisis le permitió quedarse con una gran parte de terrenos, llegando a sumar más de doscientas mil hectáreas.

Era hombre sin escrúpulos. No solía detenerse ni ante el crimen, si para conseguir lo que apetecía era necesario recurrir a ello.

Esta amalgama de características hicieron que fuera temido y odiado.

Por eso la mayoría se alegraba, aunque no se atrevía a exteriorizarlo, de ese incendio que se llevaba gran parte de los intereses tan malamente adquiridos.

Los secuaces del alemán que habían incendiado por orden suya la casa de Toinette, sintieron miedo.

Temían que Kutz creyera que ellos habían hecho lo mismo con la casa de su amo, porque se hubieran vendido a la dueña de la casa incendiada por ellos, que sabían estaba en la ciudad.

Ellos hicieron correr el rumor, al mediodía, de que era Toinette la que mandó incendiar esa casa.

Este rumor llegó a Henry cuando estaba en el vestíbulo del hotel.

Se encaró con el que hablaba de ello, ignorante que el joven estaba al servicio de la muchacha.

—¿Quién es el cobarde que dice que ha sido esa mujer? —dijo al que hacía el comentario.

—Yo no hago más que repetir lo que acabo de oír en la calle —respondió, asustado, el que propalaba el rumor.

—Es de cobardes hacer correr rumores y no tener el valor de decirlo de frente. Han de ser amigos de Von Kutz, o los que incendiaron por encargo de él la casa de esa muchacha. Han creído por ello que se trataba de una represalia. Pero esta mujer no ha salido del hotel.

—No dicen que haya sido ella, sino que envió a que lo hicieran.

—¡Debe decirme quiénes son los que afirman eso!

—Es cierto que se trata de gente que está al servicio de Kutz.

—Tenía que ser así —agregó Henry.

El capitán se acercó a los que hablaban cuando salía Henry con el comentarista.

Iban en busca de uno de los que estaban haciendo correr el rumor.

Se unió el capitán a ellos, diciendo a las mujeres que no se movieran de allí.

Entraron en un bar, donde su informante sabía que solía acudir el que afirmaba que era obra de la muchacha el incendio de la noche antes.

Y allí estaba, rodeado de curiosos.

Precisamente hablaban de ello.

No tenían, por lo tanto, que decirle a Henry quién era.

—... Y ha tenido que ser la hija de La Motte la que mandó que se prendiera fuego a la casa, porque cree que fue Kutz el que incendió la suya...

—¿Y no fue así? —medió Henry—. ¡Tú fuiste uno de los que aquella noche prendieron fuego a la casa de La Motte! ¿Es que no te fijaste en mí cuando escapabas corriendo?

El complejo de responsabilidad hizo el resto.

—Esa muchacha, ayudada por el juez, había evitado el pago de una buena cifra, y ya que las autoridades no la castigaban, había que hacerlo de algún modo.

—Eso indica que confiesas ser un incendiario y un cobarde asesino, porque lo que os proponíais no era quemar la casa. Era matar a la muchacha.

—No creo que te importe mucho todo esto —dijo el que empezaba a sentir miedo de las miradas de quienes le rodeaban.

—Soy el encargado de las plantaciones de Toinette La Motte. ¿Te dice algo esto? Y siguiendo la costumbre de ciertas regiones de mi

patria, te voy a colgar para que tu muerte sirva de ejemplo y que nadie se preste a ayudar a cobardes como Von Kutz.

—¡Es muy cómodo hablar así, cuando él no está presente!

—Tú no podrás ver que le digo lo mismo cuando le vea. Pero todos estos testigos tendrán ocasión de comprobarlo. A ti, te voy a colgar para que no puedas ser tan cobarde otra vez.

La mano derecha del amenazado descendió veloz en busca del cuchillo que llevaba en la cintura.

—¡Seré yo el que acabará contigo! —exclamó.

—Podía disparar mi pistola sobre ti, pero me defenderé con el cuchillo para que no digan los testigos que abuso.

Y Henry, con el cuchillo que también llevaba, hizo frente a su enemigo.

Era un combate emocionante para los que lo presenciaban.

Los brazos armados describían una geometría de muerte.

El capitán no se atrevía a decir nada para no poner nervioso a Henry.

La pelea llegó a prender en el ánimo de los presentes, que empezaron a jalearse a los combatientes.

Por fin Henry, más elástico y fuerte que su contrincante, le asestó una enorme puñalada en el costado que hizo caer fulminado a su contrario.

Los que con tanto calor animaban al muerto, miraron a Henry con respeto y temor.

—Puede salir otro de los cobardes que animaban a ese —dijo Henry.

Retrocedían de un modo instintivo.

El capitán sacó a Henry de allí y la noticia de aquella muerte se extendió rápidamente.

Había sido una pelea valiente y noble, pero había un cadáver y el juez tenía que intervenir.

Era preciso detener al autor de la muerte, aunque después se le pusiera en libertad al comprobar que no hubo mala fe y que solamente se trataba de una defensa de la vida amenazada por el cuchillo del que resultó muerto.

Dio orden de detener a Henry, y los guardias encargados de ello se presentaron en el hotel.

Pero ya habían marchado de allí los cuatro amigos.

Comunicado esto al juez, decidió dejar las cosas como estaban.

CAPÍTULO VII

Los secuaces de Von Kutz vieron entrar a este en el bar y le contemplaron con curiosidad. Tenía el rostro demudado y amarillo.

La pérdida sufrida era de más importancia de lo que podían imaginar los que contemplaron las llamas.

Tenía mucho dinero en la caja de su despacho que se fundió con el fuego.

Contempló a todos con odio.

—¿Es que no hubo nadie que pudiera evitar parte del incendio? ¡Habéis dejado arder mi casa! —dijo como un rugido.

—No había posibilidad de evitar nada ni de entrar para tratar de salvar algo. El que provocó el incendio sabía muy bien cómo hacerlo para que no se pudiera salvar nada.

—¡Y habéis permitido que mataran ante vosotros a uno de mis amigos!

—Confesó que había incendiado la casa de La Motte y el encargado que tiene ahora esta es el que peleó con él.

—¿Jean?

—No. Ese marchó al saber que estaban en el pueblo su antigua patrona y los acompañantes... Estaba esperándole a usted.

—¿Qué no está Jean con esa muchacha? ¡Pero si tenía un contrato con ella por tres años!

—Pues no está... Hay uno nuevo al que nadie había visto hasta ahora, pero que es amigo del capitán de la Legión en Fuerte Lamy.

—¡El amigo del juez! —dijo Kutz—. Empiezo a comprender muchas cosas.

—¿Va a levantar el edificio otra vez? —dijo uno.

—Ya he dado orden de que se comience enseguida, pero no podré recuperar lo que tenía dentro y que convertía mi casa en un museo.

—No debió ordenar que incendiaran la casa de La Motte. Ya ve las consecuencias —exclamó uno de los clientes del bar.

—¡Yo no ordené nada!

—Es inútil negar ahora, cuando el que murió a manos de ese muchacho lo confesó. Es el peligro que hay cuando se vale uno de extraños para hacer las cosas.

—¡Yo me vengaré de esa muchacha!

—No es ella la que prendió fuego a su casa. Fue ese muchacho,

que no creo le tema a usted. Afirmó que le llamaría cobarde ante todos nosotros y que le castigaría.

Kutz estaba nervioso.

Pero dos de los que entraron segundos después que él y que eran sus hombres de confianza, dieron una paliza al que se atrevió a hablar así a Kutz.

Y los demás guardaron silencio.

Otros de los hombres de Kutz, que habían venido con él de las plantaciones, cometieron abusos en otros lugares y hasta mataron a dos hombres.

Al llegar la noticia al juez, este dijo a su esposa:

—Quieren comprometerme y complicar mi estancia aquí.

—¡No te metas en nada! —dijo la esposa, y fue el consejo que siguió.

Pero esta actitud disgustaba a Kutz, que trataba de provocar al juez para que, en una escaramuza, sus hombres le mataran.

No perdonaba al juez lo de la deuda con La Motte.

Por eso la actitud pasiva del representante de la Ley no le agradaba.

Fue el jefe de la policía local el que intervino, deteniendo a los que habían asesinado. El juez se encargaría de hacer las diligencias precisas.

Como no esperaba que las autoridades se enfrentaran a él, le sorprendió esta actitud de la policía y se asustó.

Todo indicaba que estaban decididos a combatirlo.

En evitación de nuevas complicaciones, marchó a la plantación donde solía pasar temporadas.

La falta de casa era un magnífico pretexto para esta ausencia.

Se encontraba mucho más tranquilo en el campo que en la ciudad.

Había perdido en pocas horas toda su fuerza y pensaba que fue una torpeza ordenar que incendiaran la casa de La Motte con la idea de matar a la muchacha.

Este hecho le había enajenado las pocas simpatías con que aún contaba en la ciudad.

Pensaba vender cuanto tenía por allí y marcharse.

Jean marchó con él a su plantación, para hacerse cargo de ella como técnico...

Durante el camino hicieron proyectos de venganza contra Toinette.

—Ya no me interesa el castigo de esa muchacha. Lo que quiero es aumentar el valor de estas plantaciones para poderlas vender —

dijo Kutz.

—Tenemos que apoderarnos de las plantas brasileñas que hay en la plantación de La Motte. Con ellas podemos aumentar la producción de caucho de un modo considerable.

—Pero hay que hacerlo bien. Y que no se den cuenta de ello.

—Cuenta han de darse, pero cuando ya no tenga remedio. Y si se atreve, que venga a vernos en el bosque.

Los hombres que estaban en la plantación fueron instruidos por Jean, a través de los que le servían de intérpretes, ya que él no hablaba el idioma de los indígenas.

Jean dijo a Kutz:

—Lo que tenemos que hacer es conseguir la colaboración de los pigmeos que viven en la parte Norte de esta región y que parece se trata de una tribu numerosa. Hay que convencer a su jefe y harán lo que este quiera. Son magníficos cazadores y manejan la lanza y la flecha de una manera extraordinaria, según he oído decir al que estaba de capataz en la madera de La Motte.

—Conozco esos pigmeos. No se les puede convencer para enfrentarse con el hombre blanco. Son los más supersticiosos de estas tierras.

—Si consiguiéramos su ayuda... En una noche de trabajo febril, podríamos trasladar una gran cantidad de árboles. Y si no visitan esa parte en unos días cuando lo hicieran, se la encontrarían sin un solo árbol.

Kutz quedó pensativo.

—Lo que me interesaba de esas plantaciones no era eso, y como está un poco apartado, lo que vamos a hacer es emplear a los pigmeos para otro trabajo mejor, y que no provocará la ira de ese encargado.

Jean, que ignoraba a lo que se refería Kutz, pidió aclaración.

—Ya hablaremos de ello cuando haya conseguido la ayuda de los indígenas. Son los que mejor irían en mi propósito. Pero es muy difícil hacerles abandonar sus poblados.

—Tiene que ir a convencerles.

—Dudo de poder hacerlo. Y hasta resulta peligroso acercarse a ellos.

Pero insistió Jean tanto, que Kutz preparó el viaje.

Lo que no sabía era que Henry se le había adelantado al saber que existía una tribu de pigmeos más al Sur y por la parte del Tanganica y las dos Rhodesias.

Ordenó que prepararan una carga de sal y otra mayor aún de tabaco.

El capitán, que disfrutaba un permiso de varios meses, decidió ir con él.

Y la consecuencia natural fue que las dos mujeres quisieran acompañarles también.

Como se trataba de una expedición completamente pacífica, no tuvieron inconveniente.

Había todo lo que se precisaba para el viaje en la casa de Toinette.

Varios de los trabajadores de la plantación se transformaron en porteadores.

Y la caravana se puso en marcha cuando Kutz aún realizaba los preparativos.

Emilie no conocía la selva apenas.

Para Henry constituía una preocupación la presencia de las dos mujeres.

—Me preocupa que vengan ellas —decía al capitán —porque la selva es traidora y no conozco lo que vamos a encontrar.

—Tampoco me agrada que hayan venido, pero ¿qué vas a hacer?

Los machetes trabajaron de firme para hacer un calvero en el primer descanso.

Las dos mujeres veían que los machetes cortaban maleza y hendían el suelo.

Una enorme serpiente saltó de entre las hojas que había en el suelo, pero fue descuartizada con rapidez por los negros que manejaban los machetes.

—Esa es la razón por la que también golpean el suelo —explicaba el capitán.

—Tiene razón Henry. Es muy peligrosa la vida en la selva —dijo Toinette.

Prepararon la leña para las hogueras que servirían de protección frente a los leopardos en especial por ser las fieras más audaces de la selva y para calentarse los que estuvieran de guardia, porque las noches refrescaban mucho.

Emilie llevaba una cámara fotográfica y deseaba poder hacer fotografías de animales salvajes.

—Me agradaría poder llevar a París una buena colección de fotografías conseguidas personalmente por mí —decía a Toinette en la tienda, cuando ya estaban echadas para descansar.

—Me parece que vas a conseguir más de lo que deseas y esperas —dijo Toinette.

—Tú conoces la selva, ¿verdad?

—Vine a ella alguna vez con mi padre, pero no he salido mucho

de las plantaciones. Donde vamos hay una parte en que no ha entrado ningún blanco. Ni los pigmeos, muy supersticiosos, no se atreven a penetrar allí. Oí hablar a mi padre muchas veces de ellos. No consiguió hacer amigos entre esa gente.

—Dice Henry que nos llegarán por la cintura. Ha de ser curioso ver un pueblo así. Ya ello supone una buena colección de fotografías.

—Hay que enterarse antes si no les disgustará que las haga.

—No creo que ellos tengan mucha idea de lo que es una máquina fotográfica.

Por la mañana hablaron con Henry de esto.

—Podrá hacer todas las fotografías que quiera —respondió este.

Para Emilie era una buena noticia.

Toinette estaba contenta también.

Para Emilie siempre había motivos para enfocar su cámara.

A medida que avanzaban por la selva, los animales aumentaban en número y hasta en tamaño, según decía ella.

Había momentos en que solamente podía pasarse por los caminos tortuosos que el paso de los elefantes y otros animales pesados formaba entre la maleza.

Había fotografiado a elefantes lejanos, jirafas que se detenían curiosas para mirar a los caminantes, cebras, antílopes en cantidad y de distintos tamaños.

Cuando iba a hacer una fotografía de uno de estos animales, Henry, que estaba a su lado, dijo:

—¡No pierda esa fotografía! Es usted uno de los pocos seres que han tenido la fortuna de poder retratar a un soli. Este antílope está desapareciendo, y buscándolo, los cazadores suelen caminar cientos de millas. Para los pigmeos es una especie de animal sagrado. Está considerado como el más astuto de la selva. Su persecución es difícil. Incluso los pigmeos, que son los mejores rastreadores de pistas en la selva, se dejan engañar por esos antílopes. Suelen merodear las zonas pantanosas y ello me hace pensar en que habrá que tener gran cuidado con el terreno que pisamos.

—No había oído hablar nunca de este animal. ¿Cómo dices que se llama?

—En latín tiene un nombre muy complicado. Se le conoce por bongo y no creo que llegue a dos los que hay en cautiverio en todo el mundo. Es el animal más escurridizo de la selva, al que no es posible dar caza. Usted ha tenido la suerte de ver uno. No lo han conseguido docenas de naturalistas y exploradores que han pasado años y años aquí buscando estos animales.

—¿Es posible que sea tan raro? —decía intrigada Emilie.

—Lo es, ya lo creo.

—¿Se refiere a ese de color castaño con rayas nevadas?

—El mismo. Es el célebre soli, dicen que de la familia de los okapis. Estos solamente tienen el rayado de nieve en la parte alta de las patas como si llevaran brazaletes.

—¡Pues poco que voy a presumir!

—Esa fotografía puede valerle dinero en París, si quiere venderla a los naturalistas o a la Prensa. Son rarísimas las que pueden ofrecerse. Y se trata de un magnífico ejemplar.

—Es una buena idea —dijo, riendo, Emilie.

—Y se lo pagarán bien. Además, querrán saber en qué parte de África pudo hacer esa foto —añadió Henry—. Yo sé de una revista en los Estados Unidos que pagaría por ella hasta cinco mil dólares.

—Pero ¿es posible?

—Puede estar completamente segura.

—Se la cederé para que la ofrezca a esa revista. No creo que en París me ofrezcan tanto por ella.

—Cuando regresemos a la casa, escribiré sobre ello. Antes hemos de ver el negativo. ¡Es extraño que ese animal esté por aquí! Suelen vivir donde no frecuenta el hombre. He visto huellas de leopardo. ¡Sería una pena que un animal tan hermoso muriera en las garras de un leopardo!

—Parece que conoce bien a los animales que pueblan estos bosques.

—Habla de ellos con cariño —añadió Toinette.

—Es que he vivido algún tiempo en la selva —confesó Henry.

Toinette estuvo a punto de preguntar la razón de que se alistara en la Legión francesa, pero se contuvo. No quería que se disgustara con ella.

Unos días más tarde, dijo Henry:

—Estamos muy cerca de los pigmeos. Veo sus huellas por aquí. Es posible que nos estén vigilando.

Henry estaba seguro de que les vigilaban, escondidos en la maleza.

Hasta apareció ante ellos un hombre de unos cuatro pies de estatura con una lanza en la mano.

Empezó a mover los dedos, con los que tienen una mímica única y se dan mensajes a distancia tan claros como si estuvieran hablando.

Henry le habló en su idioma, y consiguió hacer que mostrara unos dientes amarillos, en una especie de sonrisa.

Al decir Henry que deseaba hablar con su jefe, se inclinó el pigmeo y dijo que podían seguirle.

CAPÍTULO VIII

La conversación entre el pigmeo y Henry duró más de una hora, tiempo que aprovechó Emilie para hacer varias fotografías.

Henry trataba de conseguir que se trasladara la tribu a las cercanías del bosque de la madera y que fueran ellos los encargados de cortar árboles.

Les prometió cuanto sabía que les interesaba.

Era una labor algo lenta la de enseñar a todos a manejar el serrón y las herramientas precisas, pero siempre se compensaría el tiempo perdido.

No hubo medio de convencer a los pequeños indígenas.

No querían abandonar el bosque en que vivían y donde encontraban carne en abundancia.

La sal y el tabaco que los expedicionarios llevaban empaquetados no fueron desenfardados.

Henry estaba disgustado.

—Ya que estamos aquí, me gustaría poder matar un león —dijo el capitán—. No lo he conseguido nunca. Ni un leopardo.

Henry habló con los pigmeos para que prepararan la cacería y se prestaron en el acto a ir hasta donde podían pasar. Había una parte de la selva que era «tabú» para ellos.

Henry sintió vivos deseos de pasar por dónde hasta entonces el hombre no había puesto las plantas.

Sabía que no era el único sitio de África que seguía tan virgen como milenios antes. Era siempre atrayente esta circunstancia.

A Emilie le intrigaban los indígenas y comentaba con Henry cómo era posible que con aquellos arcos tan pequeños se enfrentaran a leones y elefantes.

—Y son los mejores cazadores que hay en estas selvas —dijo Henry—. ¡Ya lo creo que pueden cazar!

—No podemos estar mucho tiempo lejos de la plantación. Yo voy a marchar allí. Vosotras podéis quedaros con el capitán —añadió Henry.

—No puedes dejarnos en manos de estos salvajes —dijo el capitán.

—Es que las plantaciones no deben quedar abandonadas mucho tiempo. Es posible que el anterior capataz trate de hacernos daño.

—¡Pero si estabas diciendo que deseabas entrar en un terreno

aún no pisado por seres humanos! —decía Emilie.

—Es cierto que lo deseo, pero está antes el deber de defender lo que es de Toinette. Y en la selva pasan los días sin darnos cuenta.

Tuvieron que reconocer todos que esto era cierto y se suspendió la cacería proyectada.

Como habían llevado la sal y el tabaco con ánimo de dárselo a los pigmeos, acabaron por distribuirlo, en medio de la alegría general de los indígenas.

La gratitud del pigmeo se demostró concediendo el jefe que se llevara una veintena de los cazadores para que trabajaran con él.

Era un número suficiente y aceptó Henry encantado.

Lo curioso era que todos ellos se disputaban el ir con Henry.

—Veo que en todas las razas existe eso que se llama espíritu aventurero —decía el capitán—. Se disputan él conocer otras tierras. Igual que nosotros...

—La mentalidad es la misma en principio. Nosotros la depuramos y ellos la conservan en estado primitivo. Esa es la diferencia —dijo Henry.

Elegidos los veinte aborígenes, se pusieron en marcha.

Como el capitán quería cazar alguna fiera, los pigmeos rastrearon las huellas de un leopardo.

En un momento de la persecución de la fiera, los pigmeos se abrieron en abanico, y Henry comentó:

—Puede prepararse, capitán, ya están cerca de la fiera. La están acorralando.

La excitación del capitán era contagiosa.

El leopardo había sido localizado en un árbol.

El capitán oprimía el rifle. Y avanzó con gran cuidado, seguido por los negros.

Henry le dijo que no debía fallar, ya que los pigmeos se considerarían humillados y ofendidos si su trabajo no tenía la recompensa de conseguir la carne que más les agradaba comer.

Cualquiera de ellos podía poner una flecha entre los dos ojos de la fiera.

El capitán tenía que hacer lo mismo con la bala del rifle.

Las dos mujeres contemplaban el avance del capitán.

Le hacían señas de que podía avanzar a mayor velocidad y así lo hizo.

Se encontró al fin frente a un hermoso ejemplar de leopardo que miraba con los ojos vivarachos y la cabeza un poco inclinada hacia un lado, al tiempo que mostraba sus fuertes colmillos y la garra de ese lado, que levantaba amenazadora de vez en cuando.

El animal no sabía qué víctima elegir de tantas como veía cerca de él.

El capitán echóse el fusil a la cara. Lo apoyó sólidamente en el hombro, apuntó y disparó. Con bastante rapidez todo ello.

El leopardo, herido de muerte, cayó pesadamente al suelo entre un griterío enorme de los pigmeos, cuyas gargantas no estaban en relación con la estatura.

El capitán se mostraba orgulloso de su hazaña.

Henry dio orden de seguir el camino, no sin permitir que los pigmeos desollaran la pieza para entregar la piel al capitán como recuerdo, quedándose ellos con la carne, que asaron en el acto para darse un verdadero festín.

Emilie había tomado fotografías de la fiera cuando estaba en el árbol y después de muerta.

Henry marchó con los pigmeos a la parte del bosque donde estaban los braceros que trabajaban en la madera.

Habló con el que habían elegido capataz, para que se encargara de instruir a los negros en el trabajo que debían realizar.

Los pigmeos fueron bien recibidos desde el principio, por los que iban a ser sus compañeros de trabajo.

Masilo no había vuelto a aparecer.

Esto era lo que no comprendía Henry, porque había temido y seguía temiendo que el gigantesco negro se presentara en el campamento de los madereros para armar jaleo y asustar a los que estaban trabajando.

Dos de los pigmeos fueron encargados de facilitar carne al campamento.

Para estos era una satisfacción y un orgullo el encargo, porque equivalía a reconocerles su capacidad en ese sentido.

Kutz, con un fuerte equipo de hombres armados, se había presentado también en el poblado de los pigmeos.

No iba a persuadirles. Iba a obligarles por la fuerza.

Los pigmeos, al verles venir, se escondieron en el bosque y solamente apareció ante ellos el jefe, que les saludó con cortesía.

Kutz era un políglota de la selva y habló con el pequeño jefe en su idioma.

Pero no había súplica, sino órdenes y amenazas.

Había una gran diferencia del trato de Henry al de Kutz.

El jefe dijo que no podían ir con ellos, pero los rifles de los que iban con Kutz le apuntaron amenazadores.

Pero Kutz no era tonto y conocía la fiereza de esos hombres si se les excitaba.

Las mujeres estaban a las puertas de las chozas con un arco cada una y la flecha preparada.

Los que tenían los rifles apuntando al jefe, al darse cuenta de lo que pasaba, no se sintieron tan seguros.

—Os advierto —advirtió Kutz— que cada flecha de las que tienen esas mujeres en los arcos están embadurnadas con veneno activo de víbora. Una sola rozadura supone la muerte casi instantánea. Habéis cometido la torpeza de excederos. Ahora tendremos que marcharnos sin conseguir nada porque ya no les sorprenderemos. ¡Dejad los rifles apoyados en el suelo!

—No hay que dejarse amilanar por estas cacatúas.

—Es la vida lo que tenemos en peligro.

Los acompañantes de Kutz tuvieron que obedecerle.

Cuando las mujeres vieron que los rifles estaban apoyados en el suelo, bajaron los arcos y quitaron las flechas de los mismos.

—Hemos estado muy cerca de la muerte todos. Hay que ser astutos. Ahora están preparados y sospechan, no podremos sorprenderles con facilidad, pero hay que hacerlo si queremos salir con bien de aquí.

Modificó Kutz su lenguaje al dirigirse al jefe.

Pero este repitió lo que había dicho antes: que no podían ir con ellos.

Enfurecía a Kutz esta negativa y proyectaba la venganza.

Habían montado el campamento muy cerca del poblado pigmeo.

Los que estaban escondidos en el bosque no aparecían, a pesar del tiempo transcurrido, y Kutz creyó que eran pocos los indígenas que había en el poblado, suponiendo con ello que debía atacar cuanto antes para dominar a esos seres belicosos.

Se despidió Kutz del jefe diciendo que le visitaría otra vez, por si cambiaba de idea.

Como la violencia y el temor no habían dado resultado alguno, ofreció muchas cosas para todos ellos si se decidían a marchar a la plantación.

Pero el jefe no le dio la más pequeña esperanza.

Kutz escuchaba a sus acompañantes, algunos de ellos conocedores de la selva también.

Masilo era uno de ellos.

—Hemos de ofrecer a los otros... El jefe está molesto por la amenaza y no cederá, pero si cogemos a varios de los pigmeos como rehenes y les amenazamos con su muerte si los otros no acceden a acompañarnos... —decía Masilo.

Kutz no se decidía.

Pero le disgustaba mucho que esos hombres se rieran de él.

Y dio la orden de que por la noche fueran a atrapar a unos cuantos.

No habían contado con los perros que pululaban por el poblado.

Resultaban unos buenos compañeros para la caza y los negros los cuidaban con agrado.

Estos perros dieron la voz de alarma cuando ya dos de los secuaces de Kutz estaban en el círculo del poblado.

El hecho de ir arrastrándose y sin decir nada, indicaron a los pigmeos cuáles eran sus intenciones.

Los dos sorprendidos en la parte más avanzada de la marcha, por los ladridos de los perros, se estuvieron quietos en espera de que los animales se calmaran.

No se veía más que a los perros y esto les animó para retroceder, poniéndose en pie.

Pero nada más que hacerlo, varias flechas se les clavaron en el cuerpo.

Los que iban con ellos y que se habían quedado detenidos cerca del poblado, retrocedieron a toda marcha para dar cuenta de lo que había pasado.

—Hay muchos pigmeos en el poblado. No tardarán en atacarnos el campamento.

El que decía esto, temblando y aterrado, apremiaba a Kutz para ponerse en marcha.

—Si saliéramos ahora, nos matarían a todos. Hay que convencerles de que no estábamos de acuerdo con los que han muerto. ¡Nos va la vida en ello!

—Tiene razón —dijo Masilo—. No podríamos huir a su persecución. Rastrean mejor que nadie. Y nos irían matando con esas flechas. No debimos asustares.

Kutz, que era el culpable de la táctica elegida, no se atrevía a decir nada.

—Debéis estar atentos. Yo voy a hablar con el jefe para disculparme. Le diré que se han escapado dos de mis hombres...

No quiso que le acompañara nadie.

Y en vez de ir hacia el poblado, huyó a través de la selva. Nadie como él conocía a los salvajes y sabía que nada podría calmar su excitación.

Y minutos más tarde, los del campamento estaban rodeados por un cerco de arcos y flechas.

Los aborígenes se movían en la noche sin hacer el menor ruido.

Los que estaban en el campamento esperando el regreso de

Kutz, no se daban cuenta del peligro que para ellos suponía esa espera.

Como pasaban las horas sin que hubiera regresado su jefe, temieron por él.

—¡Hemos de ir a ayudarle! —pedía Masilo.

Pero nadie se movía.

Masilo insultó a todos por la cobardía que suponía no ir al poblado para saber qué era lo que había pasado.

Como estaban levantados y discutían en el centro del campamento, la primera descarga de flechas dio con varios en tierra.

Masilo se dejó caer al suelo como si hubiera sido herido.

Varios rifles disparaban hacia la maleza próxima haciendo víctimas entre los pigmeos que allí estaba escondidos.

Esta lluvia de plomo les hizo retirarse y Masilo arrastrándose, se metió entre la maleza y continuo avanzando con precaución.

Encontró ante él a dos pigmeos, a los que destrozó el cráneo de un puñetazo a cada uno.

Y así pudo pasar a través del cordón que habían establecido.

Esto hizo que fuera el único que se salvó de los que habían ido con Kutz.

Masilo iba pensando en la muerte de Kutz también.

Comprendió la verdad. Kutz les había abandonado, seguro de que se produciría el ataque de los pigmeos.

Pensaba que si hubieran salido todos cuando lo hizo Kutz, se habrían puesto todos a salvo.

Un intenso furor se apoderó de él y el deseo más vehemente de matar al cobarde que huyó dejando abandonados a los que había acudido para pedir ayuda.

Encontró a Jean a su regreso a la plantación.

Y Jean supo convencerle haciéndole ofertas tentadoras.

Le llevó a la plantación de Toinette, pero muy alejado de donde se movían los trabajadores.

Era la parte más meridional del bosque.

Una hora más tarde, surgió un incendio intenso en esa parte.

Todos los trabajadores acudieron para abrir zanjas y cortar el avance del fuego.

Es algo espantoso el ruido que produce un incendio de esa envergadura.

Los temperamentos más firmes vacilan.

Henry daba órdenes para que a una media milla se iniciara la zanja. Tendrían tiempo de hacerla si trabajaban con ahínco y

contaban con dinamita suficiente.

El capitán fue a Brazzaville a buscar explosivos.

Los árboles eran talados con rapidez.

Era ya de día cuando fue dominado el fuego.

Se había perdido mucha madera de la buena.

Pero se cortó cuando amenazaba llegar a la parte de las palmeras, que era lo que estaba salvando con su aceite los gastos de sostenimiento de las plantaciones de caucho, junto con las plantaciones de tabaco.

Henry sabía que el incendio era obra de Kutz, pero nada dijo en este sentido.

Con el pretexto de atender a las cosas del bosque, al otro día por la mañana salió de la casa para encaminarse a Brazzaville.

Visitó al juez y le explicó lo que había pasado en el bosque, añadiendo que estaba seguro de que había sido obra de Kutz y sus hombres.

—¿No pensará ahora quemarle el bosque a él?

—No. Es destrozarse una riqueza que Francia necesita y aunque no soy francés, no soy partidario de ese sistema. Vengo para hablar con Kutz.

—No creo que esté en la población. No tiene casa y no le agrada estar en el hotel. Debe hallarse en el campamento del caucho. Es donde suele estar más tiempo.

—¿No habrá tampoco alguno de sus hombres?

—Andaba por aquí el que fue capataz de Toinette La Motte y el capataz de los madereros de esa muchacha.

Los ojos de Henry brillaron.

Conocía a los dos, porque de Jean había visto una verdadera colección de fotografías en casa de Toinette, y a Masilo ya le había propinado una buena paliza.

Era cuestión de tener paciencia. Había que esperar en el bar en el que tenían costumbre de acudir.

Estando en el bar, leyó el periódico que llevaban de la cercana ciudad de Leopoldville, y en él encontró una noticia que le hizo leer con interés.

Se trataba del anuncio de llegada de una comisión de técnicos que buscaban yacimientos de uranio.

Entre los relacionados iba un íntimo amigo suyo y decidió ir a visitarle.

CAPÍTULO IX

De una ciudad a otra se llegaba en un pequeño paseo en automóvil.

Por eso no tardó Henry en encontrarse en la posta aduanera.

Una vez en la ciudad, capital del Congo, le parecía hallarse en una población europea.

Más de la mitad de la población era blanca.

No tardó mucho en saber en qué hotel se hospedaba su amigo.

Pero no estaba en la población ese día.

Había ido de visita a la refinería de cobre, de la que se obtenía el cobalto.

Era más rico en este mineral que el cobre de Montana, en los Estados Unidos.

Había estado otras veces en la capital del Congo y la conocía bien.

No le sería, por lo tanto, pesado esperar a su amigo.

Supo que había también en la ciudad un grupo de financieros a la caza de terrenos radiactivos para su explotación privada.

Acudió a uno de los clubs nocturnos que más concurrencia tenía en la época en que él visitaba frecuentemente la ciudad.

El *maître* le conoció en el acto y le saludó afable, llevándole a una mesa cerca de la pista de baile y del pequeño escenario.

Contemplaba a los que bailaban en la pista. Los artistas que intervenían en el espectáculo eran de color.

Les aplaudió al final. Y el baile se generalizó.

La mayoría de los asistentes vestían de etiqueta.

—¡Hank! ¡Hank! —llamaron de una mesa al otro lado de la pista.

Y un joven se puso en pie, cruzando esta para ir a abrazar a Henry.

—¡Cuánto tiempo sin verte y sin saber nada de ti! —decía—. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Soy el capataz de una plantación de caucho. Estoy en el Congo Medio, que administra Francia —respondió Henry.

—¿Qué estás de capataz en una plantación? ¿Tú? —se extrañó el joven.

—Así es.

—¿Es que te has vuelto loco o te gusta jugar a los acertijos?

—Te estoy diciendo la verdad y la dueña de esa plantación es la

mujer más bonita que hayas visto, Fred.

—Si hubieras empezado por ahí, te habría creído desde el primer momento.

—¿Y tú qué haces tan lejos de Wall Street?

—Buscamos terrenos radiactivos para su explotación. Me alegro encontrarte. Puedes sernos útil. ¿Sabes quién está aquí?

—John. Lo he leído en Brazzaville y es lo que me ha hecho venir.

—¡Vaya alegría que le vas a dar! ¡Te hemos creído muerto desde hace una temporada, porque nadie sabía de ti! Emma, cansada de esperar, se casó...

—¡Es la mejor noticia que podías darme! —dijo Henry.

—Ven a la mesa con nosotros. Has de conocer a los que me acompañan.

—Perdona, pero ya ves que no visto de etiqueta. Y tenéis mujeres...

—Es la hija de uno y la esposa de otro de los que han venido conmigo.

—Perdóname. Puedes sentarte conmigo, si te parece. Me disculpas... Ya sabes que sigo siendo el salvaje de antes. Siempre digo lo que pienso y hay momentos en que no conviene. ¿Tenéis terrenos ya adquiridos? No creáis que abundan en el Congo con excesiva frecuencia.

—Tenemos dos comprometidos por correspondencia, pero dependiendo, claro está, del análisis e investigación de los especialistas. Por eso decía que puedes prestarnos un gran servicio.

—Soy un capataz agrónomo. No entiendo de esas cosas.

—No debes ser rencoroso. Ya sabes que pasó todo enseguida y se te dieron satisfacciones en la Prensa.

—No quiero que hablemos de aquello... No pienso volver más a la Unión.

Fred Dulles, el amigo de Henry, le miró con afecto y no replicó nada.

—Voy a justificarme ante mis amigos por este abandono y vuelvo.

Y Fred marchó a la mesa de sus amigos, que le observaban con interés.

—¿Un viejo conocido? ¿Explorador? —dijo el más viejo.

—Debe haber trabajado para Fred en alguna empresa de aquí, ¿no? —dijo la joven—. Tiene aspecto rudo, pero es un hombre guapo.

—Se trata de un compañero de estudios en la Universidad —respondió Fred.

—¿Eh? —dijo la joven—. ¿No bromeas? Si está quemado y parece un salvaje.

—Es uno de los pocos hombres que conocen esta tierra como pocos. Habla más de veinte lenguas indígenas.

—¿Por qué no le contrata para que nos acompañe? Puede pagársele bien. Claro, sin abuso por su parte.

—Deben perdonarme... Voy a sentarme con él.

—¿Por qué no nos le presenta, Fred? —dijo la otra mujer.

—No es muy sociable. Y no está vestido de etiqueta.

—¿Es que sabría ponerse el *smoking*? —dijo la joven.

Fred la miró sonriendo y dijo:

—Ese hombre, Lou, es uno de los más ricos del mundo. No juzgues nunca por las apariencias. Su nombre es Henry Huston.

—¡Huston! —exclamó su compañero de mesa—. ¡Decían que había muerto!

—Pues ahí le tienen.

—¡Y te reías de él! —dijo el más viejo a su hija—. Eres una pobretona al lado suyo. Lo mismo que un peón de la fábrica comparado contigo.

La joven estaba avergonzada.

—Debe presentárnoslo —dijo Monna, la esposa de Milton Wells, que era el otro acompañante de Fred.

—No me atrevo, porque no debí decir quién era.

—No le diremos que lo sabemos.

Monna, más audaz que los otros, se puso en pie y cruzó la pista entre las parejas para decir a Henry que se puso en pie al verla ante él:

—Fred quiere separarse de nosotros y creo más lógico que su amigo se una a todos, si es que no tiene animadversión contra nosotras.

Se inclinó correcto ante ella y dijo:

—Es que no estoy en condiciones de alternar, no tengo hábito de hacerlo. Reconozco que soy lo que se llama en algunos medios, un salvaje, cosa no extraña si se tiene en cuenta que llevo varios años en esta tierra y entre salvajes.

—¿Me acompaña a la mesa?

Y Monna se cogió de un brazo de Henry.

No tuvo más remedio que acceder.

Fred presentó a sus amigos y al ir a hacerlo de él, dijo Henry:

—Ya saben quién soy. No has podido evitar decirlo. Por un capataz de plantaciones de caucho no hubiera levantado esta dama.

Se miraron sorprendidos. Henry estaba demostrando desde el

principio que era un verdadero salvaje.

—Tiene razón, Mr. Huston —dijo Milton—. Mi esposa no se habría movido de aquí de haber sabido que solamente era un amigo de Fred, pero que no tenía la menor posición económica. Ha sabido conocer a Monna...

Henry miró con simpatía a Milton.

—Deben perdonarme si he ofendido. Me ha dado muchos disgustos este temperamento. No me gusta la mentira y siempre digo lo que pienso, pase lo que pase.

—No me ha molestado, aunque me sorprende que haya hombres tan sinceros —dijo Monna.

Lou, la hija de Gleen, sacó a bailar a Henry para que la violencia desapareciera.

—Debe ser un buen amigo de Fred, porque se alegró de veras al verle —decía la muchacha.

—¿Hace mucho que están enamorados? —dijo él.

—¿Es que se ha dado cuenta?

—No saben disimularlo ninguno de los dos. Fred es un buen muchacho. Merece ser feliz. Y con usted me parece que lo conseguirá.

La muchacha sonreía.

—Es un verdadero halago en unos labios que no saben mentir —dijo ella.

Henry habló del Congo y de África, entusiasmando a la muchacha.

Terminado el bailable, volvieron a la mesa.

—Baila admirablemente —confesó Lou a Monna.

—Tendrá que demostrármelo —dijo, riendo, Monna.

Y como al mismo tiempo se puso en pie, Henry no tuvo más remedio que aceptar también.

—No crea que le guardo rencor por lo que ha dicho antes—decía Monna.

—Lo sentiría muy de veras. No me gusta ser incorrecto, pero me disgusta mucho la hipocresía y la mentira.

—Así es como debieran ser todos los hombres. Y eso que Milton, mi esposo, es de esos también. Por ello ha estado en el acto de acuerdo con usted.

La velada discurría grata para Henry.

Hablaron de los negocios que les había llevado a Congo.

—No creo que deban aceptarse ofertas de terrenos de quienes pueden suponer que tienen minerales radiactivos sin saberlo seguro —decía Henry.

—El compromiso es hasta que los técnicos digan la última palabra.

—¿Dónde están esos terrenos que os han ofrecido?

—Uno lo ofrece un alemán, que parece entiende de estas cosas, aunque se dedica a la agricultura.

—¿Cómo se llama? ¿No será Von Kutz?

—¿Cómo has adivinado el nombre? ¿Es que le conoces? —decía Fred.

—Me parece que habéis hecho el viaje inútilmente. Los terrenos con que contaba son los que pertenecen a la dueña de las plantaciones donde trabajo.

Y explicó la historia de cuanto había pasado.

—Últimamente ha quemado muchas hectáreas de monte para que abandonemos esa parte, que es donde debe hallarse lo que él supone uranio. No creo que esos terrenos sean buenos. Es más, hacia los lagos donde el terreno puede almacenar minerales radiactivos. Los he visto yo, pero no por aquí.

—El mundo dice que es tan grande y ya ves si la casualidad demuestra que es bien pequeño —decía Fred—. Eres tú el que ha defendido esos terrenos que se nos iban a vender a nosotros. Habíamos ofrecido dos millones de dólares, si eran como se nos decía.

—Si queréis dedicaros al caucho, podéis comprar, pero uranio no creo lo haya. De todos modos, nada cuesta llevar un detector Geiger. Él sabe más que yo de esas cosas.

—¿Cuándo piensa volver a la Unión? —preguntó Monna—. He visto su casa en la Quinta Avenida cerrada y dicen que es un museo africano por dentro.

—Les daré una autorización para que vean lo que hay allí. Mi padre fue un gran viajero. Estuvo en África, la India, Egipto... Encontrarán, desde luego, cosas muy interesantes.

—¿Es que no piensa ir por ahora?

—No. No pienso ir por ahora —dijo Henry.

—La dueña de la plantación en que trabaja como capataz es preciosa —aclaró Fred.

Todos rieron.

—¿Tendremos oportunidad de conocerla? —dijo Monna.

—Si van por Brazzaville, es posible. Si van, serán invitados en la plantación.

—Me gustará ver una plantación de esas, de las que tanto hablan en esta tierra —añadió Monna.

—Prometo que iremos. Además, es donde hemos de ver a ese

alemán.

—No tiene casa —dijo riendo Henry—. Tendrá que recibiros en el hotel o en su plantación, en la que según he oído, vive en un palacio.

Henry se quedó mirando a dos hombres que entraban en ese momento.

Se puso muy pálido y todos los que estaban con él, se dieron cuenta.

Tratábase del teniente huido de la Legión, que le acusó del crimen.

El teniente no le había visto a él.

La presencia de los amigos de Fred le ataba, pero estaba deseando disparar sobre él.

Fred, que como los otros se dio cuenta de lo que pasaba, dijo:

—¿Conoces a esos?

—Uno de ellos es un asesino y un ladrón.

Y de modo inconsciente, habló de lo que pasó en el Fuerte Lamy, donde estaba como legionario.

El teniente y el otro entraron para situarse cerca de la pista, donde ocuparon una mesa.

Henry se volvió de espaldas para no ser reconocido.

Como Monna miraba al teniente por lo que de él había hablado Henry, el desertor de la Legión, al ver a la dama que le miraba, poniéndose en pie la invitó a bailar.

—No bailo —dijo ella, serena.

—Sus miradas de antes no decían esto —respondió cínicamente.

Milton se iba a levantar y dijo Henry:

—Es mejor que este cobarde asesino hable conmigo.

El teniente retrocedió asustado al conocer a Henry.

—¡Es un desertor de la Legión francesa! —decía a gritos el teniente—. ¡Un asesino!

—¡No huyas, cobarde! Escapaste cuando te llevaba detenido el capitán, pero ahora no podrás escapar. No estamos en la jungla donde hay medio de huir. No esperaba tener la satisfacción de hallar al asesino del cajero y al cobarde que me acusaba de ese crimen, por el que iba a ser fusilado.

—¡No le dejen que me mate! Debe ser un pistolero de Chicago —gritaba el teniente.

Como este iba vestido de etiqueta y Henry no, los camareros se movieron para ir a detener a Henry, pero el *maître* les dijo en voz alta:

—Conozco hace años a Mr. Huston, como conocí a su padre. Es

una de las personas más ricas del mundo. ¡No hagan caso de lo que diga ese cobarde! Este caballero es Henry Huston, el millonario, y uno de los científicos más eminentes que han existido.

El teniente abría los ojos más sorprendido por lo que escuchaba que por el miedo a Henry.

—¡No sabía quién era! ¡Por eso le acusé de aquella muerte, pero es posible que no lo hiciera!

—¡Sabe que no lo hice, porque fue usted quien asesinó y robó, de acuerdo con el que ya ha sido fusilado y declaró la verdad!

—¡No le dejen que me mate! —gritaba el teniente.

El amigo del teniente sacó un revólver, dispuesto a disparar sobre Henry, pero este, que no le había perdido de vista, disparó con rapidez sobre los dos, matándolos.

Fred, con sus amigos, sacaron a Henry de allí.

No querían jaleos con la policía.

El *maître* les dijo que nada tenían que temer. El diría lo que había pasado. El acompañante del teniente era un conocido malhechor. Había estado en la prisión por robar varias veces.



La enorme serpiente se dispuso a saltar...

CAPÍTULO X

Fred hablaba con sus amigos de Henry cuando se retiraron a descansar en el hotel después de quedar en verse con Henry a la mañana siguiente.

—Es un muchacho encantador —decía Monna—. Un poco brusco, pero noble. Y enfadado es terrible.

—Es muy amable y correcto —decía Lou.

—Deberías convencerle para que se una a nosotros en lo de las minas radioactivas —decía el padre de Lou a Fred.

—No hay quien le haga entrar en los negocios otra vez, y menos de este tipo. Es mucho lo que le hicieron sufrir, provocando su huida de la Unión. Le llamaron espía... ¡Pobre Hank!

—Pero una vez que se aclaró... —decía Monna.

—Ya no quiso escuchar a nadie.

—Creo que yo hubiera hecho lo mismo.

—Marchóse de allí por no tener que matar a los que le habían acusado.

—¿No estaba para casarse con alguna mujer conocida? —dijo el padre de Lou.

—Sí, pero al creer que estaba muerto como se afirmó, casóse con otro. Y precisamente con uno de los que sostuvieron la acusación.

—No debía quererle mucho —dijo Monna.

—Amaba la fortuna inmensa de Hank.

—Estará contento de haberse librado de ella —dijo Lou.

—Muchos de los amigos de Hank dejamos de hablar a los dos. Hubo mala fe por parte de él. Lo que buscaba era la mujer, de quien estaba enamorado.

—Le ha perseguido el mismo delito. En la Legión ha estado muy cerca de que le maten por lo mismo —decía Monna.

A la mañana siguiente, esperaban la llegada de Henry.

Pero este comunicó por teléfono a Fred que estaba con John en el hotel en que se hospedaba la comisión de técnicos.

Henry se hospedaba en el mismo hotel que John, y a la mañana siguiente buscó la habitación de su amigo y llamó con fuerza.

John se levantó de mala gana, porque se había acostado tarde.

Pero el ver a Henry, o Hank, como le llamaban los amigos, se abrazó a él entre gritos de entusiasmo.

Cuando se hubieron serenado los dos, hablaron mucho.

—Siempre puse en duda la historia de tu muerte —decía John.

—He estado bien cerca de ello y no por espía como allí, sino por ladrón y asesino.

—Tienes que olvidar lo que pasó allí. Tú sabes que nadie creía en aquello... Y se aclaró con rapidez.

—Pero mi nombre figuró como uno de los enemigos de la patria, en los periódicos.

—Para rectificar inmediatamente pidiendo perdón públicamente el periodista que lo publicó.

—No hablemos de esto. Cuéntame cosas tuyas y de tu familia. Ya me habló Fred de Emma. Me alegra mucho que se haya casado. Supongo que lo haría con el cobarde que me acusó.

—Así es. No los tratamos ninguno de tus amigos.

—Hacéis mal.

Henry refirió toda su odisea de los últimos meses.

—¿Estás enamorado de esa muchacha?

—Mucho —confesó Henry.

—Entonces vende lo que tenga aquí, regálalo o haz lo que quieras y llévala a tu casa de Nueva York. ¡Tienes que dar fiestas a las que podamos ir tus amigos!

—No pienso regresar a nuestro país.

—¡Eso es una tontería! Has de ir, para que Emma te vea feliz y enamorado.

Henry sonreía.

Llegó Fred y los tres permanecieron en la habitación de John hasta que avisaron a este de parte de la comisión.

—Ya no me acordaba que estoy aquí para trabajar. Pero nos veremos más tarde. Es posible que nos haga falta, Hank. Necesitamos quien conozca el idioma de algunas tribus por las que vamos a pasar y que a la vez tenga conocimientos científicos. Te presentaré a los demás componentes de esta comisión.

—Prefiero estar al margen de todo eso. Tengo una misión que cumplir al lado de la mujer que adoro. Y a la que quieren robar todo lo que tiene.

—Puedes cederlo alegremente. No luches por una miseria. Llévate a ella, que es lo que tiene valor de verdad.

Henry marchó con Fred para reunirse con los amigos de este.

—Hemos de ir a Brazzaville para encontrarnos con Von Kutz —dijo Milton—. Mañana.

—Puede venir con nosotros, Hank —dijo Fred—. Buena sorpresa le espera a ese ladrón.

—Y avisen a la muchacha, queremos conocerla —decía Lou.

—Tenéis que venir hasta la plantación —dijo Henry.

—Estoy deseando de estar en ella —dijo Monna.

El capitán y las dos mujeres estaban intranquilos a causa de la prolongada ausencia de Henry.

Al ver que tardaba tanto y que pasada la noche no regresó a la casa, se presentaron los tres en Brazzaville, donde supieron que había estado buscando al alemán, pero que ni este ni Henry habían sido vistos más tarde por la ciudad.

Sin embargo, en el hotel dijeron que les parecía que había marchado hacia Leopoldville.

Esto tranquilizaba al capitán, aunque no a ellas.

—Ha tenido que pasarle algo para no haber ido anoche a casa.

—Lo que sucede es que se ha enterado que el alemán ese ha ido a Leopoldville, y ha marchado en busca de él —dijo el capitán—. Y no quisiera estar en la piel de ese hombre por nada del mundo —añadió.

El intercambio de viajeros entre las dos ciudades era intenso a diario y el periódico de la capital del Congo llegaba con poco retraso.

Para entretenerse, el capitán cogió un número y a los pocos minutos casi saltaba de su asiento.

Acababa de leer la muerte del teniente de la Legión causada por un americano que decía haber sido acusado por él de ladrón y asesino en el Fuerte Lamy.

—¡Aquí está la explicación de que haya ido a esa ciudad! —decía, blandiendo el periódico ante las dos mujeres—. Ha matado al cobarde del teniente que le acusó de asesino.

Ellas le arrebataron el diario y leyeron ansiosas la noticia.

Como el periódico decía que la policía no había intervenido, ya que se trataba de un caso clarísimo de legítima defensa, tranquilizó a Toinette la noticia.

—Pero se trata de un tal Henry Huston y este se llama Charmers —decía la muchacha.

—No hay uno que al enrolarse en La Legión diga su verdadero nombre —comentó el capitán—. No hay duda de que se trata de él.

Toinette propuso marchar a Leopoldville, pero había el peligro de que él regresara al mismo tiempo.

Y decidieron esperar hasta el día siguiente.

El capitán propuso marcharse él solo a Leopoldville para averiguar algo y que ellas esperasen por si regresaba.

Las dos aceptaron en el acto y el capitán marchó en el autobús

que hacía el trayecto en pocas horas.

Desde el puesto aduanero, donde le saludaron con afecto, estuvo telefoneando a los hoteles en busca de Henry Charmers o Huston.

No tardó mucho en dar con él.

Era ya la hora de la cena y Henry se hallaba con Fred y sus amigos.

Suponiendo que iría a la misma sala de fiestas, el capitán pasó por el hotel en que se hospedaba y pidió una habitación para él.

Dejó recado por si llegaba Henry, diciéndole que estaba en el club.

Tampoco iba de etiqueta, pero llevaba el uniforme de capitán de la Legión Francesa, que tanto se admiraba allí.

Estuvo cenando en el hotel en espera de que apareciera Henry, y ya tarde, se presentó en el club nocturno.

Fue visto en el acto por Henry, que le hizo señas con la mano.

Se abrazaron los dos.

Fue presentado a los amigos de Fred y a este y hablaron de lo sucedido la noche antes, confirmando el capitán lo que Henry había dicho.

Extrañaba al capitán las amistades de Henry y aunque nada dijo, esperaba averiguar algo del pasado de ese hombre al que había estimado desde que se enroló en la Legión.

—Mañana íbamos a marchar a Brazzaville —decía Henry—. Estos amigos están al habla con Von Kutz obre la venta de unos terrenos en los que el alemán afirma que hay minerales radiactivos. Pero esos terrenos están, sin duda, en la plantación de Toinette y ha de ser en la parte que incendiaron, para desvalorizarlo.

—Desde luego, creo que has supuesto bien, porque hoy, estando en la ciudad, se ha presentado un extranjero, creo que holandés, a pedir precio de esa parte para hacer unos experimentos agrícolas. Ella no ha querido decidir nada hasta que no estuvieras tú.

Henry se echó a reír.

—¡Se han engañado ellos y os han engañado a vosotros! —dijo—. No creo, repito, que haya minerales radioactivos allí, pero si lo hubiera, os lo cedería por lo que dierais. ¡No quiero nada que tenga relación con ese asunto!

—Daríamos lo que sea justo —dijo el padre de Lou.

—¡Es lo mismo! —y añadió Henry—: Eso si Francia deja que se ponga en manos extranjeras unos yacimientos de ese tipo. Pero os afirmo que no creo existan.

—Tú no puedes saber de eso —dijo el capitán.

Fred se echó a reír.

—Este es uno de los mejores técnicos que tenemos en el mundo en tales asuntos.

—Ten en cuenta, Fred, que no he hecho investigación alguna y que hasta me parece que no he pasado por esa parte de la plantación, más que cuando el incendio, y no era momento para que me fijase en las características de las rocas.

El capitán estaba un poco confuso.

Pero esto empezaba a correr el velo del misterio de Henry.

—Habéis venido a bailar, ¿no es cierto? —decía Lou—. Pues ya lo estáis haciendo. Todas las damas que hay en este club están deseando poder hacerlo con el legionario francés. Pero no voy a permitir, teniéndole tan cerca, que vaya a buscar otra pareja.

El capitán sonreía complacido.

Cuando bailaban, dijo la muchacha:

—Parece que le ha sorprendido que ese muchacho sea un especialista en cosas nucleares. Lo mismo nos pasó a nosotras. Incluso nos reíamos del aspecto de él. Cuando supimos que es uno de los hombres más ricos del mundo, nos quedamos confundidas.

Y Lou habló con detalle de lo que había pasado hasta de la pelea con el teniente.

—¡No debiste ocultarme la verdad a mí! —se lamentó dolido el capitán a su amigo.

—No tenía más remedio. No quería hablar más de mi pasado. Debes perdonarme.

Y entonces, con Fred y sus amigos, hablaron de lo que pasó años antes en los Estados Unidos, cuando uno de sus amigos le acusó de espía al servicio de un país extranjero.

—Todo se aclaró con rapidez y pudo seguir en su puesto, pero marchó de allí —decía Fred.

Pasaron una noche alegre y al retirarse, quedaron citados para la mañana siguiente, con el fin de ir juntos hasta Brazzaville.

Y a la mañana, muy temprano, llamaron en la habitación de Henry.

—¡Hoy me toca a mí hacerte madrugar! —dijo John, al tiempo de entrar.

—Regresamos a Brazzaville —dijo Henry.

—Antes tienes que hablar con el jefe de la comisión. Y conste que no se ha enterado por mí de que estás aquí.

—Sabes que no me gustan las mentiras.

—Es verdad. Ha sido el periódico el que ha hablado de ti. Y no ignora que somos amigos. Me ha preguntado y he tenido que hablar.

—Pues me voy a Brazzaville. Tendrá que esperar a que realice

este viaje, que no puedo aplazar.

—Yo se lo diré ahora. Si quieres, puede venir a tu habitación.

—He dicho que me marcho hoy.

—Eso no es obstáculo para que hablemos, Míster Huston —decía el presidente de la comisión, al tiempo que entraba en el departamento.

Henry, tras el primer momento de sorpresa, corrió a abrazarse a él. Había sido su profesor unos años.

—No trato de quitarte ese viaje de la cabeza. Conozco lo que sucede, por Fred. Pero después de que hayas aclarado eso, me interesa que hables conmigo. Es a mí a quién vas a ayudar.

John sonreía. Y Henry callaba.

—Está bien, profesor —dijo—. Le ayudaré, si es que de veras puedo hacerlo.

—Ahora ya puedes marcharte a Brazzaville. Te espero... ¡Ah! Y los amigos te siguen queriendo como siempre. Nadie dudó un solo segundo de ti.

Se despidió el profesor y John marchó con él.

Henry amenazó a este con el puño cuando se volvió en la puerta.

John reía de buena gana.

* * *

Toinette y Emilie se quedaron mirando a las dos mujeres que acompañaban a Henry y al capitán.

Pero Toinette reaccionó inmediatamente y corrió con las dos manos tendidas hacia Henry.

—¡Gracias a Dios que te veo! —exclamó, casi llorando.

Pasados los primeros segundos de emoción, Henry presentó a sus amigos.

Fred decía a su amigo:

—Has salido ganando mucho en todo. Esta, por lo menos, no buscaba tu dinero.

—Tengo miedo de lo que pase al saber que no soy el hombre que ella creía.

—Te quiere y eso lo allana todo —decía Fred.

Fue el capitán el que habló de esto.

—¿Te acuerdas que siempre he sostenido que este muchacho no era un legionario vulgar?

Su mujer, a la que se dirigía, respondió:

—Es cierto. Siempre dijiste que era un muchacho correcto y que parecía de buena familia.

—Pues no me equivoqué. Que te lo digan sus amigos. Son unos financieros, millonarios de Nueva York. Ya habéis oído que vienen a comprar unos terrenos a Von Kutz, que han de ser de la plantación de Toinette.

—¿Conocían a Henry de allí? —dijo Toinette.

—Henry es uno de los hombres más ricos del mundo. Pero es el más enamorado de la Tierra. Solo desea una mujer que le ayudó en un momento de apuro y que se apoderó por completo de su corazón. De eso estoy bien seguro. Tiene miedo a que te enfades con él porque no te ha dicho la verdad.

—No me importa si es rico o pobre. Si me asusta su riqueza es por si ella le aparta de mí.

—Puedes estar tranquila. Y voy a decirle que no te enfadas.

—No hace falta —dijo, entrando Henry—. Lo he oído todo.

Y se abrazó a Toinette, pidiéndole perdón.

—No puede ser un freno tu riqueza si eres tú el que dices que me quieres —decía ella.

Entonces, Henry habló ampliamente de su pasado.

Y la conversación versó más tarde sobre la oferta de Kutz a los amigos de Henry.

Von Kutz había acudido a la cita con los americanos, acompañado por Jean.

Fred, que estaba bien instruido, sería el que llevaría el peso de la conversación.

Se reunieron en un hotel.

El alemán se presentó y saludó a los americanos en un inglés correcto.

—No tengo hechos los análisis porque esos terrenos, que no me pertenecen aún, y que yo esperaba qué a estas horas serían exclusivamente míos, están cubiertos de ceniza por un incendio que se produjo en los bosques.

—Si no eran suyos los terrenos —dijo Fred—, ¿cómo se le ocurrió ofrecerlos? Era mejor que se hubiera puesto al habla el dueño de los mismos con nosotros. Ahora resulta que hemos realizado un viaje costosísimo, para nada. Bueno, por lo menos nos presentará al dueño de ellos para que entremos en conversaciones.

—Los terrenos van a ser dentro de unas horas, de un socio mío, holandés. Es cuestión de horas —repitió.

—¿Cree usted que engañará a la señorita La Motte sobre esos terrenos para que los venda?

El alemán saltó de su asiento.

—¿Quién le habló de esa mujer? ¡Esos terrenos serán nuestros

dentro de unas horas! —insistió Kutz.

—No se haga ilusiones. No se los venderán a pesar de que me parece que no hay lo que usted creyó.

El alemán estaba descompuesto, sin saber qué decir ni qué hacer.

No podía esperar lo que estaba oyendo.

Jean era el más asustado. Y el más sorprendido.

Le iban a hacer pasar por un técnico en mineralogía.

—Hemos venido porque habíamos quedado en hacerlo y porque de paso estaremos unos días en la plantación de la señorita La Motte. Pero nada hay sobre esa compra. Lo sentimos mucho, pero no se nos debió engañar. Si hubiera dicho a quién pertenecían los terrenos, nos hubiéramos puesto al habla con esa mujer.

—¡Es que me hicieron una traición! —dijo el alemán.

—Si se refiere a los recibos que había falseado, comprenderá que la verdad tenía que abrirse paso. Y aunque hubiera sido cierto lo de los recibos, usted no se habría quedado nunca con esos terrenos por tal cifra. Ella le hubiera pagado cien veces y aún mil si fuera necesario. Tenía a su lado a uno de los hombres más ricos del mundo, para quien estos terrenos no significan nada. Desde luego, no tuvo usted suerte cuando Henry encontró a esa muchacha.

—¿Se refiere al capataz de Toinette? —y el alemán se echó a reír—. ¡Es un legionario!

Y las risas continuaban.

—Por sus cartas, supongo que conoce las firmas solventes de Wall Street. ¿Es que no ha oído hablar de Henry Huston? Ya veo por su rostro, que ha leído algo sobre él. Pues ese es el capataz de esa muchacha. Una de las mayores fortunas de la Tierra... Si le hubiera tratado de otro modo, tendría todo lo que quisiera y hasta le hubiera cedido estos terrenos porque cuando se case volverá a Nueva York con su mujer.

Kutz miraba a los tres americanos. Estaba sorprendido en extremo.

—¿Es verdad?

—¡Completamente! —dijo el padre de Lou—. Y, además, es uno de los mejores técnicos en minerales radioactivos. Es el que cree que no hay uranio por aquí.

El golpe era demasiado duro para el alemán, que se había hecho a la idea de una gran fortuna y que engañó a sus colaboradores con el señuelo de ella.

Henry, que había pedido un detector Geiger a la comisión, se desplazó con las mujeres a la parte de la plantación incendiada.

Dieron varios paseos en todas direcciones.

—Nada —dijo Henry—. Lo que yo presumía. No hay uranio por aquí.

Cuando llegaron a la ciudad, ya bien entrada la noche y dijeron a Fred lo que había, comentó este:

—Será un consuelo para el alemán.

EPÍLOGO

Al otro día se presentó Jean para hablar con Toinette.

Querían hacer las paces con ella y para esto denunció a Kutz como el inductor de la muerte de su padre, que realizó Masilo.

Cuando Henry fue informado por ella, se puso furioso.

Y buscó a Jean. Lo encontró en un bar, acompañado del negro.

Estaba tan furioso que no quería perder mucho tiempo.

—¿Ya ha dicho a Masilo que usted le ha denunciado como autor de la muerte de La Motte?

Masilo miró a Jean y comprendió que lo que estaba escuchando era cierto.

—Han ido a comunicarlo al juez y a la policía de la localidad, para que sea detenido y condenado a muerte —añadió Henry.

Masilo cogió por el cuello a Jean con su enorme manaza.

—¡Habla! ¿Es cierto eso?

—Lo es —añadió Henry—. No es una novedad para mí, porque lo sospeché. Pero ahora es una seguridad que conduce a la muerte a los autores de ese asesinato.

—¡Habla, traidor! —decía el negro.

Y mirando a Henry, añadió:

—Es verdad que le maté, como lo voy a hacer contigo.

Disparó dos veces Henry, pero encontró el cuerpo de Jean como escudo del negro, que saltó por una ventana con la elasticidad de un leopardo.

Volvió a disparar Henry. Estaba seguro de que le había alcanzado.

Masilo iba gravemente herido, pero su enorme fortaleza le permitió seguir corriendo.

Llegó al hotel donde se hospedaba Kutz y como sabía cuál era su habitación, se dirigió a ella llamando con violencia.

El alemán abrió asustado, porque conoció la voz de Masilo.

Pero este, al tener a Kutz frente a él, que empuñaba una pistola, de un manotazo le arrebató el arma.

—¡Cobarde! Me dejaste en el campamento cuando el ataque de los pigmeos para que me mataran. No es mucho lo que me queda de vida. Noto que las fuerzas me faltan.

—¡Suéltame! ¡No seas loco! ¡Me ahogas!

Pero el negro, que se sentía morir, oprimía la garganta del

alemán con fiereza.

—Me mandaste matar al patrón y me ofreciste lo que no has dado —decía el negro.

El alemán se debatió violentamente, pero fue inútil. Era la muerte la que cerraba aquella mano de hierro.

Y minutos más tarde, caían los dos muertos.

Y poco más tarde, el hecho se conocía en la ciudad, a pesar de lo avanzado de la noche.

* * *

A la fiesta que daban los Huston fueron invitados los amigos y hasta el que le había acusado de ser un espía. Pero este, que conocía a Henry y sabía lo que había hecho durante su estancia en África, no se atrevió a ir.

—Lo que busca es una oportunidad para provocarme y terminar conmigo —decía a Emma, su mujer, que había sido novia de Henry.

—¡Eres un cobarde! —le increpó ella—. Yo voy a ir a esa fiesta. Quiero conocer a esa francesa que dicen es tan bonita.

—Yo no voy. Me matará. Es lo que busca. Vamos a marcharnos de esta ciudad.

—Te irás solo —dijo ella, furiosa—. Yo amo a Henry. Le amé siempre. Y he de luchar con esa francesa.

El asustado esposo, furioso, la golpeó con crueldad.

Pero ella se defendió y cogiendo el atizador del hogar le hundió el cráneo de un golpe.

Salió de la habitación sin comprender el verdadero alcance de lo que había hecho.

Fue a vestirse y marchó al domicilio de los Huston.

Se hizo un gran silencio al aparecer ella.

Toinette se dio cuenta en el acto de quién se trataba, por la actitud de los amigos de su esposo.

Monna se puso a su lado, para ayudarla.

—¿Es esta tu esposa, Hank? —dijo Emma.

—Yo soy —respondió Toinette, con un arrastre de frases por la dificultad que aún tenía en la pronunciación del inglés—. Supongo que es usted la que fue novia de mi esposo.

—¿Y qué le parezco? —dijo agresiva Emma.

—No me preocupa su belleza, que es mucha. Henry me ama a mí.

Emma se echó a reír.

—Yo no sería tan confiada —dijo.

—Ella sabe que puede confiar en mí —dijo Henry—. ¿Y tu esposo?

—Te tiene miedo. Teme que le mates.

Se detuvieron, porque unos caballeros querían entrar, en contra del criterio de los criados, pero lo hicieron a la fuerza.

—¿*Mistress* Emma Baker? —dijo uno de ellos.

—¡Yo soy! —dijo Emma.

—Debe venir con nosotros.

Se presentaron como policías.

—¿Qué sucede? Soy el dueño de esta casa —dijo Henry.

—Hace poco que esta mujer asesinó a su esposo. Le ha matado con un atizador del hogar, en una pelea que sostuvieron antes de salir ella de casa.

Toinette hizo que su esposo ayudara en lo posible a la mujer que, por seguir amando a Henry, había llegado a matar a su esposo.

Los amigos de Henry también eran impulsados por la francesa para que ayudaran a Emma.

Y como la verdad era que ella no quiso originar ese daño, fue relativamente fácil la defensa.

Los criados que habían oído la discusión, declararon que fue en defensa propia, porque estaba siendo castigada dura e injustamente por el esposo.

Y fue puesta en libertad.

Supo lo mucho que debía a Toinette y se presentó a darle las gracias y a pedirle perdón por lo que dijo la noche de la fiesta.

Al otro día salía para Europa en un viaje que duraría varios años.

Se encontraron tres más tarde en París cuando los Huston iban a visitar al capitán y su esposa que ocupaba un puesto de responsabilidad en un Ministerio.

Emma se mostró amable con Toinette y la dijo que pensaba casarse con un francés.

No preguntó por Henry.

Y Toinette no dijo a Henry que la había visto.

En el fondo, estaba un poquitín celosa...

FIN

*El monotonó tam-tam
de los gudugudu, pro-
pagaba por toda la sel-
va las señales de alar-
ma, como anticipo de
una gran tragedia...*

LA RUTA DE LOS MASSAI



se teñiría de sangre inocente. Una lucha cruel se
avicinaba entre dos pueblos hermanos en sangre
y costumbres. Una lucha provocada por un hombre
sin escrúpulos

ROGERS KIRBY

el autor de la emoción, logra con

LA RUTA DE LOS MASSAI

uno de sus más apasionantes relatos que a usted,
amable lector, le sobrecogerá de emoción

¡Las lanzas de los massai, se iban a enfrentar con
los espadones de los kuasi en una guerra basada en
el engaño y la ambición!

¡No deje de leer tan trepidante novela!

COLECCION CONGO

se lo ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

421 — Meadow Castle
EL MATADOR DE EL PASO

COLECCION "BUFALO"

118 — M. L. Estefanía
PISTOLEROS EN EL RIO

COLECCION "CONGO"

12 — M. L. Estefanía
TRAGEDIA EN LA SELVA

COLECCION "PANTERA"

55 — Peter Debry
ROBIN DE LAS ANTILLAS

COL. "SERVICIO SECRETO"

285 — Charles Mitchell
NADIE ELIJE SU SUERTE

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
LA PALABRA

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

480 — May Carré
LA CASA DE LAS KUCHACHAS

COLEC. "MADREPERLA"

376 — Alicia Larrendi
ENEMIGOS DECLARADOS

COLECCION "ROSAURA"

320 — María del Carmen Rey
CASAMIENTO EN GETNA GREEN

COLECCION "AMAPOLA"

206 — Javier Catá
UNA MUJER DISTINTA

COLECCION "ALONDRA"

159 — Ana Marcela García
TE QUISE ODIAR

COLECCION "CAMELIA"

100 — Sergio Duval
LA DAMA BLANCA

COLECCION "ORQUIDEA"

70 — Trini de Figueroa
NO QUIERO TU COMPASION

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona * Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en
Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamen-
te en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha per-
manecido durante 18 meses a la cabeza de los
bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*A menudo nos asalta
preocupaciones de esta
índole:*

*¿Estaré enfermo del
corazón? ¿Padeceré al-
guna afección pulmo-
nar?*

*Para evitar dudas y
trastornos, la populari-
sima*

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

ofrece un detenido estudio sobre estas cuestiones en
su volumen, número 10, bajo el título

CORAZON Y PULMONES SANOS

Lea con detenimiento este título. Fácilmente podrá
usted con él, resolver sus dudas, evitando males
mayores y apartando inútiles escrúpulos

CORAZON Y PULMONES SANOS

¡Un volumen utilísimo que a todos interesa!

Adquiéralo esta misma semana en la famosa

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

Precio de venta: 15 ptas.

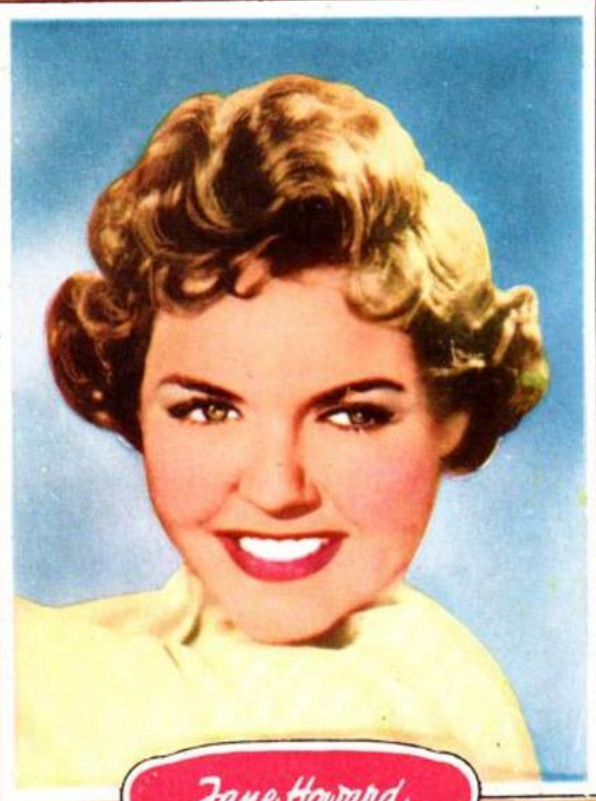
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Jane Howard

N.º 200 Nació un 5 de junio en Pittsburg, Estados Unidos. Su verdadero nombre es Elisabeth Jane Howard. Ha intervenido en varias películas, de entre las que destacan "El Pirata", "Buenas noticias" y "Francis en la armada".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5' ptas. .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50